

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

**PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO Á DOMICILIO.**

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

**PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.**

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »



LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

La ley de las praderas.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

POR D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el núm. 2.º)

III.

LA PISTA

Cabeza de Aguila, que queria ser descubierto por sus enemigos, no habia adoptado precaucion alguna para borrar el rastro de su paso.

Era perfectamente visible en la crecida yerba, y si alguna vez parecia que se borraba, no tenian los cazadores mas que inclinarse levemente á un lado para encontrar de nuevo las huellas.

En la pradera nunca habian seguido á un enemigo de tal clase. Esto debia parecerle muy extraño á Corazon Leal, quien hacia mucho tiempo que conocia á fondo todas las tretas de los Indios, y sabia con qué talento hacen desaparecer las señales de su paso cuando lo juzgan necesario.

Esta facilidad le hacia reflexionar. Para que los Comanches no hubiesen adoptado mas precauciones, era preciso que se creyesen muy fuertes, ó bien que hubiesen preparado una emboscada á la que esperasen atraer á sus enemigos harto confiados.

Los dos cazadores avanzaban, dirigiendo de vez en cuando una mirada á la derecha ó á la izquierda, á fin de estar seguros de no equivocarse; pero la pista iba siempre en linea recta, sin rodeos de ningun género. Era imposible encontrar mas facilidad en una persecucion; el mismo Buenhumor comenzaba á encontrar aquello extraordinario y á sentir verdadera inquietud.

Pero si los Comanches no habian querido tomarse la molestia de ocultar su marcha, los cazadores no obraban como ellos y no avanzaban sino borrando gradualmente las huellas de su paso.

Así llegaron á las orillas de un riachuelo bastante ancho, llamado el *Cardenillo*, que es un afluyente del gran Canadense.

Antes de pasar aquel riachuelo, en cuyo opuesto lado no estarian ya los cazadores muy lejos de los Indios, Corazon Leal se detuvo, haciendo seña á su compañero de que le imitase.

Ambos se apearon de los caballos, y conduciéndolos del diestro, se retiraron al abrigo de un grupo de árboles, con el fin de no ser vistos, si por casualidad algun centinela indio estaba encargado de vigilar su aproximacion.

Cuando se hubieron ocultado en la espesura del bosque, Corazon Leal apoyó un dedo en sus labios para recomendar á su compañero que observase la mayor prudencia, y acercando su boca al oido de este, le dijo con voz muy débil:

—Antes de ir mas lejos, consultemos para saber lo que hemos de hacer.

Buenhumor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sospecho alguna traicion, repuso el cazador; los Indios son guerreros harto experimentados, y que están demasiado acostumbrados á la vida de las praderas para obrar de ese modo, sin tener para ello alguna razon poderosa.

—Es verdad, dijo el Canadense apoyando su dictámen con entera conviccion: esta pista es demasiado clara y buena de seguir para no ocultar algun lazo.

—Si; pero han querido ser sobrado astutos, y se han escedido en demasia: á cazadores antiguos como nosotros no se les escapa de ese modo. Así, pues, debemos aumentar nuestra prudencia, examinar con cuidado cada hoja y cada yerba, antes de aventurarnos mas cerca del campamento de los Pieles Rojas.

—Hagamos otra cosa mejor, dijo Buenhumor, dirigiendo una mirada en torno suyo; ocultemos nuestros caballos en un sitio seguro, en donde podamos encontrarlos en caso necesario. Irémos en seguida á pié á reconocer la posicion y el número de los que quieren sorprendernos.

—Tiene V. razon, Buenhumor, dijo Corazon Leal; su consejo es excelente y vamos á ponerle por obra.

—Entonces, creo que debemos apresurarnos.

—¿Por qué? Al contrario, no nos apresuremos, y los Indios, al ver que aun no aparecemos, tendrán menos vigilancia y aprovecharemos su descuido para atacarlos, si nos vemos obligados á recurrir á ese medio estremado; por lo demás, acaso fuese mejor aguardar á la noche para comenzar nuestra expedicion.

—Pongamos, ante todo, á nuestros caballos en seguridad, y despues verémos.

Los cazadores salieron de la espesura con la mayor precaucion. En vez de pasar el rio, retrocedieron y siguieron durante algun tiempo el camino que antes recorrieran; en seguida se inclinaron á la izquierda y se introdujeron en un barranco, en donde muy pronto desaparecieron en medio de la crecida yerba.

—Le dejo á V. guiar, Buenhumor, dijo Corazon Leal, pues á la verdad que no sé á dónde me lleva.

—Fie V. en mí; he descubierto, por casualidad, á dos tiros de fusil del sitio en que estamos, una especie de ciudadela, en la que nuestros caballos estarán de una manera inmejorable, y en donde, en caso necesario, podriamos sostener un sitio en toda regla.

—¡Caramba! exclamó el cazador, quien, con esta interjeccion que le era habitual, revelaba su origen español: ¿cómo ha podido V. hacer ese descubrimiento precioso?

—De la manera mas sencilla, dijo Buenhumor. Acababa de colocar mis trampas, cuando, al trepar á la montaña que está ahí enfrente, con el fin de acortar el camino y reunirme mas pronto con V., próximamente á las dos terceras partes de la subida, vi pasar entre las matas el velludo hocico de un oso corpulento.

—¡Ah! sé algo de esa aventura: aquel dia me llevó V. dos pieles de oso negras.

—Eso es, precisamente: los animalitos eran dos, un macho y una hembra. Comprenderá V. desde luego, que al verlos se despertaron inmediatamente mis instintos de cazador; olvidando mi cansancio, monté mi carabina y comencé á perseguirlos. Vá V. á ver por si mismo qué fuerte habian escogido, añadió echando pié á tierra, maniobra que imitó su compañero.

Delante de ellos se alzaba, en forma de anfiteatro, una masa de rocas que tomaban las formas mas singulares y caprichosas; malezas pocas espesas crecian á largos intervalos en los intersticios de las piedras; plantas trepadoras coronaban la cuspide de las rocas, y daban á aquella masa, que se alzaba á mas de 600 metros sobre el nivel de la pradera, la apariencia de una de esas antiguas ruinas feudales que se encuentran de vez en cuando, en las orillas de los grandes rios de Europa.

Los cazadores de la comarca denominaban á aquel sitio *los castillos blancos*, por razon del color de los trozos de granito que le formaban.

—Es imposible que subamos ahí con nuestros caballos, dijo Corazon Leal, despues de haber estudiado cuidadosamente, durante un momento, el espacio que tenian que atravesar.

—No importa, intentémoslo, dijo Buenhumor, llevando á su caballo del diestro.

La ascension era penosa, y cualesquiera caballos que no hubiesen sido los de los cazadores, acostumbrados á los caminos mas difíciles y escabrosos, no hubieran podido verificarla, y se habrian destrozado mil veces rodando por el despeñadero.

Era preciso elegir, con el mayor cuidado, el sitio en que se ponía el pié, luego dar un salto hácia adelante, y seguir siempre así, con vueltas y rodeos que producian un vértigo.

Al cabo de media hora, próximamente, de una marcha llena de dificultades inauditas, llegaron á una especie de plataforma que tendria, cuando mas, diez metros de estension.

—Aquí es, dijo Buenhumor parándose.

—¿Cómo aquí? repuso Corazon Leal mirando á todos lados sin ver abertura alguna.

Buenhumor se sonrió.

—Venga V., dijo.

Y llevando su caballo de las riendas, pasó detrás de un trozo de roca; el cazador le siguió con visible curiosidad.

Despues de haber caminado durante cinco minutos por una senda de tres piés de ancha, cuando mas, que daba *vuelta* en forma de espiral, los aventureros se encontraron súbitamente delante de la boca de una cueva profunda.

Aquel camino, trazado por una de esas convulsiones terribles de la naturaleza, tan frecuentes en aquellas regiones, se hallaba tan bien escondido detrás de las piedras y las rocas que le ocultaban, que era imposible descubrirle, á no ser por una casualidad providencial.

Los cazadores entraron en la cueva.

Buenhumor, antes de subir á la montaña, habia hecho una buena provision de teas: encendió dos, entregó una á su compañero, y conservó la otra.

Entonces apareció ante su vista la gruta con toda su magestad salvaje.

Sus paredes eran altas y estaban llenas de estalácticas brillantes que multiplicaban los reflejos de la luz, y formaban una iluminacion fantástica.

—Esta cueva, dijo Buenhumor despues de haber dejado á su amigo el tiempo suficiente para examinarla detalladamente, no dudo que es una de las maravillas de la pradera. Esa galería que baja por una pendiente suave, en frente de nosotros, pasa por debajo del *Cardenillo*, y va á salir al opuesto lado del rio, á mas de una milla de distancia, en la llanura. Encima de la galería por donde hemos entrado y de la que está ahí delante, existen otras cuatro que dan salida á diferentes puntos. Ya ve V. que aquí no corremos peligro de ser cercados, y que estos cuartos espaciosos nos ofrecen una serie de habitaciones capaz de dar envidia al mismo presidente de los Estados Unidos.

Corazon Leal, gozoso con el descubrimiento de aquel refugio, quiso visitarle detenidamente, y aunque era de suyo en extremo reservado y silencioso, en varias ocasiones, no pudo contener la expresion de su admiracion.

—¿Por qué no me habia V. hablado de esto? dijo á Buenhumor.

—Aguardaba una ocasion oportuna, contestó este.

Los cazadores acomodaron á sus caballos, con víveres abundantes, en una de las divisiones de la gruta en que penetraba la luz del dia por hendiduras imperceptibles. Luego, cuando se hubieron cerciorado de que de nada carecerian los nobles animales durante su ausencia, y de que no podian escaparse, se echaron al hombro sus carabinas; silbaron para llamar á sus perros, y adelantaron presurosos por la galería que pasaba por debajo del rio.

Muy pronto comenzaron á sentir el aire húmedo en torno suyo, y se oyó sobre sus cabezas un ruido sordo y continuado: pasaban por debajo del *Cardenillo*. Merced á la especie de tragaluz ó claraboya que formaba una roca hueca colocada á manera de garita en medio del rio, la claridad era suficiente para guiarlos.

Al cabo de media hora de marcha desembocaron en la pradera por una salida oculta por malezas y plantas trepadoras.

Habian permanecido durante mucho tiempo en la gruta. Primero la examinaron minuciosamente como hombres que adivinaban que uno ú otro dia necesitarian buscar un abrigo en ella; despues habian formado una especie de cuadra para sus caballos, y por último habian tomado un refrigerio de modo que el sol se hallaba próximo á ocultarse en el momento en que volvian á examinar la pista de los Comanches.

Entonces comenzó la verdadera persecucion india. Los dos cazadores, despues de haber hecho seguir el rastro á sus sabuesos, se deslizaron silenciosamente en seguimiento suyo, arrastrándose sobre las rodillas y las manos por entre la yerba crecida, con la vista y el oido atentos, conteniendo su aliento, y deteniéndose de vez en cuando para examinar esos mil ruidos de la pradera que

los cazadores perciben con una facilidad inaudita, y que espican sin vacilar.

El desierto estaba sepultado en un silencio mortal.

Al acercarse la noche en aquellas soledades inmensas, parece que la naturaleza se recoge y preludia los misterios de las tinieblas con una adoración religiosa.

Los cazadores seguían avanzando, aumentando sus precauciones y arrastrándose en dos líneas paralelas.

De improviso se pararon los perros silenciosos. Los nobles y valientes animales parecían que comprendían el valor del silencio en aquellos sitios, y que un solo ladrido costaría la vida a sus amos.

Buenhumor dirigió una mirada penetrante en torno suyo.

Sus ojos brillaron, recogió su cuerpo, por decirlo así, y saltando como una pantera, se precipitó sobre un guerrero indio que, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza baja, parecía que presentía la aproximación de un enemigo.

El indio fué derribado bruscamente de espaldas antes de que pudiese lanzar un grito de alarma ó de dolor. Buenhumor le oprimió la garganta y le apoyó la rodilla en el pecho.

Entonces, con una sangre fría extraordinaria, desenvainó el cazador su cuchillo y le sepultó hasta el puño en el corazón de su enemigo.

Cuando el salvaje vió que estaba perdido, desdénó intentar una resistencia inútil; pero fijando en el canadiense una mirada de odio y de desprecio, arqueó sus labios con una sonrisa irónica, y dejó llegar la muerte con rostro impassible.

Buenhumor volvió á colocar el cuchillo en su cinto, y empujando el cadáver á un lado, dijo con la mayor imperturbabilidad:

— ¡Uno!

Y comenzó de nuevo á arrastrarse.

Corazon Leal había seguido con la mayor atención los movimientos de su amigo, dispuesto á socorrerle si era necesario; cuando el indio quedó muerto, emprendió de nuevo su camino impassiblemente.

Muy luego brilló entre los árboles el resplandor de una hoguera, y un olor de carne asada llegó al sutil olfato de los cazadores.

Levantáronse entonces como dos fantasmas junto á un alcornoque enorme que estaba á pocos pasos, y abrazando el nudoso tronco del árbol, se encaramaron y ocultaron entre sus frondosas ramas.

En seguida miraron.

Dominaban desde allí el campo de los Comanches, que se encontraba á diez metros de ellos cuando más.

IV.

LOS VIAJEROS.

Próximamente á la misma hora en que los trampeos salían de la gruta y seguían de nuevo la pista de los Comanches, á 20 millas próximamente del sitio en que se hallaban, un grupo bastante crecido de viajeros blancos se detenía en las orillas del gran Canadiense, y se disponía á acampar para la noche en una posición magnífica en donde aun se veían algunos vestigios de un alto de cazadores indios.

Los cazadores y los Gambusinos mestizos que servían de guías á los viajeros, se apresuraron á descargar una docena de mulas escoltadas por lanceros mejicanos.

Con los fardos formaron un recinto de forma ovalada, en cuya parte interior encendieron fuego, y luego, sin ocuparse ya de sus compañeros, los guías se reunieron en un grupo pequeño y prepararon su cena.

Entonces, un oficial joven, de unos veinticuatro á veinticinco años, porte marcial y facciones finas y características, se acercó respetuosamente á una litera llevada por dos mulas y escoltada por dos ginetes.

— ¿En qué sitio quiere V. S. que se ponga la tienda para la señorita? preguntó el oficial descubriéndose.

— En donde V. quiera, capitán Aguilar, con

tal que sea pronto; pues mi sobrina está muerta de cansancio, contestó el ginete que iba á la derecha de la litera.

Era un hombre de elevada estatura, de facciones duras y fuertemente acentuadas, mirada de águila, cabellera tan blanca como las nieves del Chimborazo, y que bajo la ancha capa que le cubría, mostraba el espléndido uniforme, cuajado de bordados de general mejicano.

El capitán se retiró, después de haberse inclinado, y volviendo al lado de los lanceros, les dió la orden de fijar, en medio del recinto del campamento, una linda tienda de campaña de rayas azules y de color de rosa, llevada á lomo por una mula.

Cinco minutos después, el general, echando pié á tierra, ofreció con galantería su mano á una joven que saltó con ligereza de la litera, y la condujo á la tienda, en la que, merced al capitán Aguilar, se había preparado todo para que la señorita se hallase en ella con cuanta comodidad permitían las circunstancias.

Detrás del general y de su sobrina, entraron en la tienda otras dos personas.

Una de ellas era un hombre bajo y rechoncho, de cara llena y colorada, con anteojos verdes y una peluca rubia, que se ahogaba dentro de su uniforme de sanidad militar.

Este personaje, cuya edad era un problema, pero que parecía tener cerca de cincuenta años, se llamaba Gerónimo Bonifacio Durieux; era francés y cirujano mayor al servicio de Méjico.

Al echar pié á tierra había cogido y colocado debajo del brazo, con una especie de respeto, una maleta abultada atada en la grupa de la silla de su caballo, y de la que parecía que no quería separarse.

La segunda persona era una joven, ó mas bien una niña de quince años, de cara traviesa y despejada, nariz remangada y mirada audaz, perteneciente á la raza mestiza, que servía de doncella á la sobrina del general.

Un negro magnífico, adornado con el magestuoso nombre de Jupiter, se apresuraba á preparar la cena, ayudado por dos ó tres Gambusinos.

— Vamos, doctor, dijo el general sonriendo y dirigiéndose al hombre grueso que acababa de sentarse encima de su maleta, dando resoplidos como un buéy, ¿cómo encuentra V. á mi sobrina esta noche?

— La señorita siempre es encantadora, contestó el doctor con galantería, al paso que se enjugaba la frente: ¿no os parece que el calor es sofocante?

— A la verdad que no, contestó el general; no le encuentro mas escesoivo que de costumbre.

— Entonces me lo habré yo figurado, dijo el médico lanzando un suspiro: ¿de qué se rie V., mascarita? añadió volviéndose hacia la doncella, quien efectivamente reía á carcajada tendida.

— No haga V. caso de esa loca, doctor; ya sabe V. que es una chiquilla, dijo la joven con una sonrisa encantadora.

— Siempre he dicho á V., Doña Luz, prosiguió el médico insistiendo, frunciendo sus pobladas cejas, é inflando sus mejillas, que esa muchacha es un demonio, para quien V. se muestra sobrado bondadosa, y que concluirá por jugarle alguna mala pasada, si no es un día, otro.

— ¡Oooh! ¡El demonio del recogedor de piedras! dijo la mestiza con una mueca, aludiendo á la manía del doctor de coleccionar piedras.

— ¡Vamos, vamos, haya paz! dijo el general. ¿Te ha cansado mucho el camino de hoy, sobrina mía?

— No ha sido con esceso, contestó la joven con un bostezo ahogado; desde hace cerca de un mes que estamos en viaje, comienzo á acostumbrarme á este género de vida, que al principio confieso que me era penoso en extremo.

El general lanzó un suspiro, pero no contestó. El doctor se hallaba preocupado por el cuidado con que clasificaba las plantas y las piedras que había cogido durante el día.

La mestiza daba vueltas como un pájaro por la tienda, ocupada en arreglar los diferentes objetos que su ama podría necesitar.

Aprovecharémos este momento de descanso para hacer en dos palabras el retrato de la señorita.

Doña Luz de Bermudez era hija de una hermana menor del general.

Era una criatura preciosa, que contaría, cuando mas, unos diez y seis años de edad. Sus grandes ojos negros, sombreados por unas cejas, cuyo color oscuro se destacaba sobre la blancura de su pura frente, se hallaban velados por largas pestañas aterciopeladas que ocultaban castamente su brillo; su linda boca, adornada con dientes de perlas, tenía los labios encarnados como el coral; su tez fina había conservado ese bello propio de las frutas maduras, y las trenzas de sus cabellos con azulados reflejos, cuando estaban deshechas, podían servir de velo á todo su cuerpo.

Su talle era fino, esbelto y flexible; poseía en sumo grado ese movimiento ondulado y graciosamente provocativo que distingue á las Americanas; sus manos y piés eran de una pequeñez estremada; en su porte se observaba esa indolencia lánguida que distingue á las criollas, y que tanto atractivo les presta.

En fin, toda la persona de aquella joven era un compuesto de gracias y de perfecciones.

Ignorante como todas sus compatriotas, era alegre y risueña, se divertía con la menor bagatela, y no conocía de la vida sino lo agradable.

Pero aquella hermosa estatua no vivía; era Pandora antes de que Prometeo hubiese sustraído para ella el fuego del cielo; y para continuar nuestra comparación mitológica, dirémos que el amor aun no la había rozado con sus alas; sus cejas no se habían fruncido bajo la presión del pensamiento, y su corazón no había latido bajo el atractivo del deseo.

Educada por el cuidado del general en un retiro casi monástico, solo le abandonó para seguir á su tío al viaje que había emprendido por las praderas.

¿Qué objeto tenía aquel viaje, y por qué había deseado su tío, de una manera tan absoluta, llevarla consigo? Esto le importaba muy poco á la joven.

Feliz y contenta con vivir al aire libre, con ver incesantemente países nuevos, con ser independiente en comparación de la vida que hasta entonces había llevado, no pidió mas, y nunca intentó dirigir á su tío preguntas indiscretas.

En la época en que la encontramos, Doña Luz era, pues, una criatura feliz, viviendo al día satisfecha con el presente, sin pensar en manera alguna en el porvenir.

El capitán Aguilar entró, precediendo á Jupiter que llevaba la cena.

La mesa había sido puesta por Febe, la doncella.

La cena se componía de conservas y de una pierna de gamo asada.

Cuatro personas se sentaron á la mesa, que fueron, el general, su sobrina, el capitán y el doctor.

Jupiter y Febe les servían.

La conversación fué bastante lánguida al principio; pero cuando el apetito se hubo satisfecho algun tanto, la joven, que se complacía en hacer rabiar al médico, le dirigió la palabra.

— ¿Ha hecho V. hoy buena cosecha, doctor? le preguntó.

— No muy buena, señorita, contestó este.

— Pues me parece, repuso ella sonriendo, que abundan bastante las piedras en nuestro camino, y que solo de V. ha dependido el coger las suficientes para cargar una mula.

— Debe V. disfrutar mucho en este viaje, dijo el general, pues le ofrece ocasión para entregarse con entera libertad á su pasión respecto de las plantas de todas clases.

— No mucho, mi general, lo confieso: la pradera no es tan rica como yo pensaba, y si no fuese por la esperanza que tengo de descubrir una planta, cuyas cualidades pueden hacer dar un paso á la ciencia, casi echaría de menos mi casita de Guadalupe, en donde mi existencia trascurre tan tranquila y uniforme.

— ¡Bah! exclamó el capitán interrumpiéndole; aun no estamos mas que en los límites de las praderas; ya verá V. cuando nos hayamos inter-

nado mas; no bastará V. para coger las riquezas que vaya encontrando.

—Dios le oiga, capitán, dijo el sabio suspirando; con tal que encuentre la planta que busco, me daré por satisfecho.

—¿Según eso, es una planta muy preciosa? preguntó Doña Luz.

—¡Ya lo creo, señorita! exclamó el obeso doctor entusiasmado; una planta que Lineo describió y clasificó, pero que nadie ha encontrado después; una planta que puede darme fama y nombradía..... ¡y me pregunta V. si es preciosa!

—¿Pues para qué sirve? preguntó la joven con curiosidad.

—¿Para qué sirve?.....

—Sí.

—¡Para nada! contestó cándidamente el médico.

Doña Luz lanzó una carcajada argentina, cuyas perladas notas hubieran dado envidia á un ruiñón.

—¿Y la llama V. una planta preciosa?

—Sí, por lo mismo que tanto escasea.

—¡Ah!..... muy bien.

—Esperemos que la encontrará V., doctor, dijo el general con tono conciliador. Júpiter, llama al jefe de los guías.

El negro salió, y de allí á un rato volvió á entrar seguido de un gambusino.

Era este un hombre de unos cuarenta años, estatura elevada, de cuerpo robusto y musculoso; su fisonomía, sin ser fea, tenía cierto aspecto repugnante, que no se acertaba á definir; sus ojos pardos y bizcos, sepultados en la órbita, lanzaban un brillo salvaje; su frente estrecha, su pelo encrespado y su tez cobriza, completaban un conjunto bastante desagradable. Llevaba el traje de los habitantes de los bosques; era frío, impassible, de un carácter esencialmente silencioso, y llevaba el nombre de *Hablador*, que sin duda los Indios ó sus mismos compañeros le habían puesto por antífrasis.

—Tome V., buen hombre, le dijo el general dándole un vaso lleno de una especie de aguardiente llamado Mezcal, por el nombre del sitio en que le fabrican; bébase esto.

El cazador se inclinó, vació de un trago el vaso que contenía cerca de un litro de licor, y luego, pasándose la manga por el bigote para limpiarse, aguardó.

—Cuento detenerme algunos días en una posición segura, dijo el general, con el fin de dedicarme á ciertas pesquisas sin ser molestado. ¿Estaremos seguros aquí?

Los ojos del guía brillaron, y fijó en el general una mirada ardiente.

—No, contestó lacónicamente.

—¿Por qué?

—Hay demasiados Indios y fieras.

—¿Cómo V. algún sitio mas conveniente?

—Sí.

—¿Lejos?

—No.

—¿A qué distancia?

—Cuarenta millas.

—¿Cuántos días necesitaremos para llegar á él?

—Tres.

—Está bien; nos llevará V. allá: mañana al salir el sol nos pondremos en marcha.

—¿Es eso todo?

—Sí.

—Buenas noches.

Y el cazador se retiró.

—Lo que me gusta en el *Hablador* es que no fastidia su conversacion, dijo el capitán sonriendo.

—Yo preferiría que hablase algo mas, dijo el doctor moviendo la cabeza; desconfío de los hombres que siempre temen decir demasiado; es que tienen algo que ocultar.

El guía, después de salir de la tienda, se reunió con sus compañeros y se puso á hablar con ellos vivamente y en voz baja.

La noche estaba magnífica; los viajeros reunidos delante de la tienda, conversaban y fumaban.

Doña Luz había entonado una de esas preciosas canciones criollas, llenas de suaves melodías.

De pronto apareció en el horizonte un resplandor rojizo, que iba creciendo por momentos, y se oyó un ruido sordo y continuo, como el bramido de un trueno lejano.

—¿Qué es eso? exclamó el general levantándose precipitadamente.

—Es la pradera que está ardiendo, contestó tranquilamente el *Hablador*.

Al oírse este anuncio, dado con tanta serenidad, toda el campamento se puso en movimiento.

Era preciso huir apresuradamente, si no querían correr el peligro de ser quemados vivos.

Uno de los Gambusinos, aprovechando el desorden, se deslizó por entre los fardos y desapareció en la llanura, después de haberse cruzado una seña misteriosa entre el *Hablador* y él.

V.

LOS COMANCHES.

Corazon Leal y Buenhumor, ocultos entre las espesas ramas del alcornoque, observaban á los Comanches.

Los Indios contaban con la vigilancia de sus centinelas. Lejos de sospechar que sus enemigos se hallaban tan cerca de ellos y observaban hasta sus mas mínimos movimientos, acurrucados ó echados en torno de las hogueras, comían ó fumaban indolentemente.

Aquellos salvajes, que serían como unos veinticinco, estaban adornados con sus túnicas ó ropajes de piel de bisonte, y pintados de la manera mas variada y fantástica. La mayor parte de ellos tenían toda la cara llena de cinabrio; otros estaban enteramente pintados de negro con una raya blanca muy ancha en cada mejilla; llevaban á la espalda su escudo, su arco y sus flechas, y tenían cerca de sí sus fusiles.

Por el considerable número de colas de lobo que llevaban colgadas y que arrastraban por el suelo detrás de ellos, era fácil conocer que todos ellos eran guerreros escogidos, afamados en su tribu.

A algunos pasos de distancia estaba Cabeza de Aguila inmóvil, arrimado á un árbol. Con los brazos cruzados sobre el pecho, pero el cuerpo levemente inclinado hacia adelante, parecía que prestaba atento oído á los rumores vagos que solo él era capaz de percibir.

Cabeza de Aguila era un indio Osage: siendo aun muy joven, le habían adoptado los Comanches; pero siempre conservó el traje y las costumbres de su nacion.

Era hombre de unos veintiocho años, á lo sumo; su estatura llegaba casi á los seis pies; sus miembros gruesos y en los cuales sobresalían unos músculos enormes que denotaban un vigor poco comun.

Por el contrario de sus compañeros, solo llevaba una manta ceñida alrededor de la cintura, de modo que dejase desnudos sus brazos y la parte superior de su cuerpo; la expresión de su rostro era hermosa, y estaba llena de nobleza; sus ojos negros y vivos, muy próximos á su nariz encorvada y bien formada, y su boca un poco grande, le daban cierta semejanza con una ave de rapiña. Tenía la cabeza afeitada, excepto una raya de pelo que había en el medio, parecida á la cimera de un casco, y un largo mechón para arrancar la piel del cráneo como hacen los salvajes con sus enemigos vencidos, mechón que colgaba sobre la nuca, y en el cual estaba atado un manojo de plumas de águila.

Llevaba la cara pintada de cuatro colores diferentes, azul, blanco, negro y encarnado; las heridas hechas por él á sus enemigos estaban pintadas de azul en su desnudo pecho. Unos mocasines (1) de piel de gamo sin curtir le subían hasta mas arriba de la rodilla, y numerosas colas de lobo estaban atadas á sus talones.

Afortunadamente para los cazadores, los indios estaban en el sendero de la guerra y no llevaban

perros, pues, de lo contrario, habrían sido descubiertos mucho tiempo antes, y no hubieran podido acercarse con tanta seguridad al campamento.

No obstante su inmovilidad de estatua, los ojos del jefe brillaban; su nariz se ahuecaba, y levantó maquinalmente la mano derecha como para imponer silencio á sus guerreros.

—¡Estamos descubiertos! murmuró Corazon Leal con voz tan baja que apenas le oyó su compañero.

—¿Qué hacemos? preguntó Buenhumor.

—¡Obrar! dijo lacónicamente el trampero.

Ambos se deslizaron silenciosamente de rama en rama, de árbol en árbol sin bajar al suelo hasta llegar al lado opuesto del campamento, precisamente encima del sitio en que los caballos de los Comanches pastaban con las manos trabadas.

Buenhumor bajó cautelosamente y cortó las cuerdas que los sujetaban. Entonces, los caballos, escitados por los latigazos de los cazadores se precipitaron en diferentes direcciones, relinchando y coceando.

Los Indios se levantaron en el mayor desorden, y corrieron en busca de sus caballos dando fuertes gritos.

Solo Cabeza de Aguila, como si hubiese adivinado el sitio en que sus enemigos estaban emboscados, se había encaminado en derechura hacia ellos, resguardándose lo mejor posible detrás de los árboles que encontraba al paso.

Los cazadores retrocedían á palmos, vigilando las inmediaciones para no ser cercados.

Los gritos de los Indios iban perdiéndose á lo lejos; se encarnizaban persiguiendo á sus caballos.

El jefe se encontraba solo en presencia de dos enemigos.

Habiendo llegado á un árbol cuyo tronco enorme le ofrecía todas las garantías de seguridad, que podía desear, desdenando hacer uso de su escopeta, y pareciéndole favorable la ocasión, puso una flecha en su arco.

Pero por grandes que fuesen su prudencia y su destreza, no pudo hacer este movimiento sin descubrirse un poco; Corazon Leal se echó la escopeta á la cara, salió el tiro, silbó la bala, el jefe dió un salto lanzando un rujido de rabia, y cayó tendido en el suelo.

Tenía un brazo roto.

Los dos cazadores estaban ya junto á él.

—¡No hagas un solo gesto, Piel Roja! le dijo Corazon Leal. ¡No hagas un gesto, ó te mato!

El indio permaneció inmóvil, impassible al parecer, pero devorando su cólera.

Podía darle muerte, prosiguió el cazador y no he querido; esta es la segunda vez que te concedo la vida, jefe; pero será la última: no vuelvas á atravesarte en mi camino, y sobre todo no vuelvas á robar mis trampas; pues, de lo contrario, te juro que no te perdonaré!

—Cabeza de Aguila es un jefe afamado entre los hombres de su tribu, contestó el indio con orgullo; no teme á la muerte: el cazador blanco puede matarle, que no le oirá quejarse.

—No, no te daré la muerte, jefe; mi Dios me prohíbe que derrame la sangre de un hombre sin necesidad.

—¡Dad! dijo el indio, con una sonrisa irónica, mi hermano es misionero.

—No, soy un honrado trampero, y no quiero asesinarle.

—Mi hermano blanco tiene sentimientos propios de una vieja, repuso el indio. ¡*Nehunutah* no perdona, se venga!

—Haz lo que quieras, jefe, contestó el cazador encogiéndose de hombros desdenosamente; no tengo la pretension de cambiar de naturaleza y carácter: solo te digo que te des por avisado, ¡adiós!

—¡Y que el diablo te acaricie! añadió Buenhumor empujándole con el pié con un gesto de desprecio.

El jefe pareció que permanecía insensible á este nuevo insulto; solo sus cejas se fruncieron; no se movió, pero siguió con una mirada implacable á sus dos enemigos, quienes sin volver á ocuparse en él, se internaron en el bosque.

(1) Mocasin, especie de calzado indio (N. del T.)

—De todos modos, dijo Buenhumor á manera de reflexion, ha hecho V. muy mal, Corazon Leal; debiera V. haberle dado muerte.

—¡Bah! ¿Para qué? contestó el cazador con la mayor indiferencia.

—¡Cáscaras! ¿Para qué? Hubiera sido un bicho venenoso de menos en la pradera.

—Hay tantos, dijo el cazador que uno mas no significa gran cosa.

—¡Es verdad! contestó Buenhumor, con acento de conviccion; pero ¿á dónde vamos ahora?

—¡Caramba! á buscar nuestras trampas! ¿Cree V. que quiero perderlas?

—A la verdad que esa es buena idea.

Los cazadores avanzaban, efectivamente, en direccion al campamento, pero á la manera de los Indios; es decir, describiendo numerosos rodeos destinados á hacer perder la pista á los Comanches.

Al cabo de veinte minutos de marcha llegaron al campamento. Los Indios aun no habian vuelto á parecer; pero, segun toda probabilidad, no debian tardar mucho en regresar. Todos sus bagajes estaban desparramados por el suelo. Dos ó tres caballos que no habian querido huir, pastaban tranquilamente por allí.

Los cazadores, sin perder un instante, se ocuparon en reunir sus trampas, lo cual tardaron muy poco en hacer; cada uno de ellos cargó con cinco, y se encaminaron sin tardanza á la cueva en que habian puesto sus caballos.

No obstante la carga bastante pesada que llevaban sobre sus hombros, los dos hombres caminaban con ligereza, gozosos por haber terminado tan bien su expedicion, y sobre todo, riéndose de la buena pasada que habian jugado á los Indios.

Hacia bastante tiempo que iban caminando así, y percibian ya á corta distancia el murmullo sordo de las aguas del rio, cuando de improviso llegó á sus oidos el relincho de un caballo.

—Nos persiguen, dijo Corazon Leal parándose.

—Acaso sea un caballo salvaje, repuso Buenhumor.

—No, el caballo salvaje no relincha de ese modo: son los Comanches; por lo demás, añadió, pronto lo sabremos.

Entonces echándose en el suelo, aplicó su oido á la tierra y escuchó.

Casi en seguida se levantó.

—¡Estaba yo seguro! dijo: son los Comanches; pero no siguen un rastro seguro, sino que vacilan.

—O acaso la herida de Cabeza de Aguila, retrase su marcha.

—Es muy posible. ¡Oh! oh! ¿Se creen capaces de alcanzarnos, si nosotros queremos escapar?

—¡Ah! si no fuésemos cargados pronto despachábamos.

Corazon Leal reflexionó un instante

—Venga V., dijo; aun podemos disponer de media hora, y es mas de lo que se necesita.

A corta distancia de allí corria un arroyo; el cazador entró en sus aguas con su compañero, que seguia todos sus movimientos.

Cuando hubieron llegado en medio de la corriente, Corazon Leal envolvió cuidadosamente las trampas en una piel de búfalo, á fin de que la humedad no pudiese perjudicarlas, y en seguida las dejó caer al fondo del agua.

Adoptada esta precaucion, los cazadores pasaron el arroyo é hicieron un rastro falso de unos doscientos pasos, volviendo en seguida con precaucion, á fin de no dejar huellas que denunciasen su regreso, y entraron de nuevo en el bosque despues de haber hecho una seña á sus perros para que se volbiesen al lado de los caballos.

Los inteligentes animales emprendieron la carrera y desaparecieron muy luego en la oscuridad de la selva.

Esta resolucion de los cazadores de separarse de sus perros, les era muy útil para ayudarles á hacer perder la pista á los Indios, quienes no dejarian de seguir las huellas fugitivas que dejaban los sabuesos en la yerba crecida.

Cuando los cazadores se hallaron ya en el bosque, volvieron á subir á un árbol y comenzaron á avanzar por entre cielo y tierra, manera de viajar

mucho mas usada de lo que en Europa se cree, en aquellas comarcas, en donde, por razon de lo enmarañado de los arbustos y los árboles, suele ser imposible adelantar sin servirse del hacha para abrirse paso.

De aquel modo, saltando de rama en rama, se pueden andar leguas enteras sin tocar al suelo.

Esto mismo era lo que en aquel momento ejecutaban los cazadores, aunque por distinto motivo.

Caminaban así al encuentro de sus enemigos, cuyos pasos se acercaban cada vez mas, y á quienes muy luego vieron debajo de sí, caminando en fila india; es decir, uno detrás de otro, y siguiendo atentamente la pista de los blancos.

Cuando se cruzaron con los Comanches, los dos cazadores se ocultaron entre las ramas conteniendo su aliento. La circunstancia mas leve bastaba para revelar su presencia.

Los Indios pasaron sin verlos. Los cazadores emprendieron de nuevo su marcha.

—¡Uf! dijo Buenhumor al cabo de un rato, creo que por esta vez hemos salido del paso.

—No nos apresuremos á cantar victoria; lo que hemos de hacer es alejarnos con toda la rapidez posible, porque esos demonios de Pielas Rojas son muy sagaces, y no conseguiremos engañarlos mucho tiempo con nuestra estratagema.

—¡Voto al diablo! exclamó de improviso Buenhumor, he dejado caer mi cuchillo no sé donde; y si esos demonios le encuentran somos perdidos.

—Es muy probable, murmuró Corazon Leal; razon mas para no perder un minuto.

Entre tanto, el bosque que hasta entonces habia estado tan tranquilo, comenzó súbitamente á bramar de una manera sorda; los pájaros emprendian su vuelo lanzando gritos de terror, y en la espesura se oian rechinar las ramas secas, bajo la presurosa carrera de las fieras.

—¿Qué ocurre, dijo Corazon Leal deteniéndose y mirando en torno suyo con inquietud? ¡Parece que le da el vértigo á la selva!

Ambos cazadores treparon á la parte mas elevada del árbol en que se hallaban, y que casualmente era uno de los mas altos del bosque.

Un resplandor inmenso teñia el horizonte á una legua de distancia, cuando mas, del sitio en que estaban los cazadores; aquel resplandor aumentaba por momentos y avanzaba hacia ellos á pasos ajigantados.

—¡Maldicion! exclamó Buenhumor, los Comanches han prendido fuego á la pradera.

—Sí, y esta vez creo que, como decia V. hace un momento, estamos perdidos, contestó friamente Corazon Leal.

—¿Qué hacemos? preguntó el canadense. Dentro de un instante estaremos acorralados.

Corazon Leal reflexionaba profundamente.

Al cabo de algunos segundos levantó la cabeza: una sonrisa de triunfo arqueaba sus labios.

—Aun no nos tienen en su poder, dijo; ¡sigame V., hermano!..... Y añadió en voz baja:— Quiero volver á ver a mi madre.

VI.

EL SALVADOR.

Para hacer que el lector comprenda bien la posicion en que se encontraban los cazadores, es necesario que volvamos á ocuparnos del jefe comanche.

Apenas habian desaparecido sus enemigos entre los árboles, cuando Cabeza de Aguila se levantó cautelosamente, inclinó el cuerpo hacia adelante, y prestó atento oido para cerciorarse de que realmente se alejaban. Tan luego como hubo adquirido esta certeza, rasgó un pedazo de su *blankett* ó manta, con el cual envolvió lo mejor posible su brazo herido, y no obstante la debilidad que le causaba la pérdida de sangre que habia sufrido y los vivos dolores que padecia, se lanzó resueltamente en seguimiento de los cazadores.

Asi los acompañó, sin ser visto, hasta los límites del campamento. Allí, oculto detrás de un ébano, sin poderse oponer en lo mas minimo, pero bramando de cólera, presenció las pesquisas practicadas por los cazadores hasta encontrar

sus trampas; y por último, su partida con los objetos reconquistados.

Aunque los sabuesos que los cazadores llevaban consigo eran unos animales escelentes, adiestrados para olfatear á los Indios desde muy lejos, por una casualidad providencial y que probablemente salvó al jefe comanche, se arrojaron con glotonería sobre los desparramados restos de la comida de los Pielas Rojas, y sus dueños, que no sospechaban que los espiaban, no pensaron en manera alguna en mandarles que tuvieran vigilancia.

Los Comanches regresaron por fin á su campamento, despues de haber logrado encontrar sus caballos á costa de dificultades inauditas.

El ver á su jefe herido les causó una sorpresa y una irritacion estremadas, que Cabeza de Aguila aprovechó hábilmente para lanzarlos de nuevo en busca de los cazadores, los cuales retrasados por el peso de las trampas que llevaban, no podian estar lejos, y debian caer muy pronto en sus manos.

Solo durante breves momentos los engañó la estratagema inventada por Corazon Leal, y tardaron muy poco en conocer en los primeros árboles del bosque señales inequívocas del paso de sus enemigos.

Entonces fué cuando Cabeza de Aguila, avergonzado de verse contrareestado así por dos hombres decididos, cuya astucia, superior á la suya, frustraba todos sus cálculos, resolvió acabar con ellos, y puso en ejecucion el diabólico proyecto de quemar el bosque, medio que, del modo en que iba á emplearle, no dudaba le entregaría, por fin, sus temibles enemigos.

Por consiguiente, dispersando á sus guerreros en diferentes direcciones, de modo que formasen un círculo estenso, hizo prender fuego á la yerba en varios puntos á la vez.

La idea, aunque bárbara y muy digna de los guerreros salvajes que la habian concebido, era escelente.

Los cazadores, despues que intentasen inútilmente salir de la red de fuego que les envolveria por todas partes, se verian obligados, á pesar suyo, á entregarse á sus feroces enemigos, si no preferian ser quemados vivos.

Cabeza de Aguila lo habia calculado y previsto todo, excepto la cosa mas sencilla y mas fácil, la única probabilidad de salvacion que le quedaba á Corazon Leal.

Segun hemos dicho, los guerreros, por orden de su jefe, se habian dispersado y produjeron el incendio en varios puntos á la vez.

En aquella estacion avanzada del año, las plantas y las yerbas abrasadas por los fuertes rayos del sol del verano, se inflamaron inmediatamente, y el fuego se estendió en todas direcciones con espantosa rapidez, aunque no bastante pronto, sin embargo, para no dejar trascurrir cierto espacio de tiempo antes de reunirse y cerrar el círculo.

(Se continuará.)

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.
(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 2.º)

Recorrió Mr. Wolff el cuaderno con curiosidad, y manifestó señales de aprobacion. Sin embargo, añadió:

—Caballero, hombre universal, aquí hay un defecto: «ALLEGRI, llamado el Corregio, La Desgracia, Cabeza de mujer.» Habeis leído mal la firma, os habeis equivocado: es un lindisimo estudio de Allori; la semejanza de los nombres ha-

brá ocasionado vuestra equivocacion. Creia, sin embargo, y recordaba haberos dicho que el *Corregio* era una de las cosas que mas sentia no tener.

—Y yo creo haberos respondido, dijo Jorge, que tendriais un *Corregio*.

—¿Cómo se entiende eso? ¿Creéis que me presto á esas interpretaciones? Sabed, amiguito, que todo lo que hay en este santuario del arte es puro como el oro mas puro, y que no penetrará en él jamás el menor fraude.

—Lejos de mí toda idea de fraude, dijo Jorge; yo, lo confieso, no he examinado atentamente la firma, pero me atrevo á asegurar que es un delicioso *Corregio*. Tened la bondad de leer algunas líneas de las que siguen á la designacion del cuadro.

—Vamos, dijo Mr. Wolff.

Y leyó: «ANTONIO ALLEGRI, llamado EL CORREGIO, LA DESGRACIA, CABEZA DE MUJER.»

—¿Lo creéis sinceramente Jorge?

—Leed, dijo este.

«Una jóven en la actitud de la meditacion se ajusta sobre su pecho descubierto un ligero paño negro: una pálida estrella brilla sobre su frente; la espresion ideal de su cabeza, la magnifica ejecucion de sus manos, dan á conocer el maestro. El tono armonioso del paño sombrío hace valer y resaltar aquellos blancos hombros, sobre los que ligeras venas azuladas hacen adivinar y circular la vida. Se ha conservado en el museo de Munich una buena copia de esta pintura. El precioso original, cuya descripcion damos, formaba parte de la célebre galeria de Dusseldorf, y allí era admirado bajo el titulo de *La Desgracia*, que le hemos conservado en recuerdo de los infortunios de su autor.»

—¿Es posible! dijo Mr. Wolff. Es preciso, hijo mio, probármelo. Venid, venid.

Y se llevó consigo apresuradamente á Jorge á su museo. Ante la viveza y ansiedad del banquero, la hermosa figura poética de *La Desgracia* conservaba aquella calma, aquel reposo divino, aquella inspiracion del genio que sobrevive á los siglos. La mano que habia creado aquella obra encantadora se hallaba ya helada, convertida en un polvo que el viento habia dispersado; empero sobrevivía su pensamiento. Mr. Wolff descolgó el cuadro con precaucion.

—¡ALLEGRI! exclamó, descifrando el nombre medio borrado.

Miraba Jorge al otro lado del cuadro pintado sobre una vieja tabla de madera, buscando algun indicio que viniese en apoyo de su asercion.

Leyó casi en la punta, y medio oculto por el marco: PARMA, 1525.

—¡ALLEGRI! ¡PARMA! exclamó Mr. Wolff. Jorge, soy el hombre mas feliz del mundo: abrazadme, hijo mio.

Y se arrojó en los brazos de Jorge, despues que hubo con el mayor cuidado vuelto á colocar el cuadro en su sitio.

—Un judío viejo de Francfort me le ha vendido hace veinte años en quinientos florines por un ALLORI. No lo regatee al ver que era un cuadro delicioso. Hoy no lo daria por diez veces esta cantidad. Pero ¡qué humillacion! He poseido por tan largo tiempo semejante tesoro sin conocer todo su mérito, y ha sido preciso que un niño venga á abrirme los ojos. Aquí hay algo de brujería, Jorge; voy á concluir por creer en vuestro talisman.

—Es la historia mas sencilla del mundo, dijo Jorge. Habéis notado mi emocion al entrar en vuestra galeria: esa linda cabeza me era muy conocida, y yo me he sorprendido muchísimo de encontrarla aquí todavía mas hermosa. Es la compañera de mis días y de mis noches.

Y abriendo su cartera enseñó al banquero confundido un dibujo finisimamente concluido de aquella pintura. Leíase debajo: COPIA DEL CORREGIO: MUNICH, MAYO, 1857.

IX.

LA APARICION.

No se trató en la tertulia mas que del descubrimiento de Jorge y de la dicha de Mr. Wolff en

poseer *La Desgracia*, del *Corregio*. No cabia dudar en esto: las pruebas eran ciertas, evidentes. Contó Jorge como su tio, negociante en Alemania, le habia hecho viajar para los negocios de su comercio; cómo su aficion á las bellas artes le habia hecho visitar siempre los museos, en donde recogia interesantes notas, en Dresde, en Viena y en Munich. En esta poblacion, la ciudad de las artes, recibió la noticia de la muerte de su padre: cayó en una profunda afliccion, y en un desaliento que no le era dado vencer. El sentimiento del deber, y el recuerdo del cargo que tenia que cumplir con su familia, le sostuvieron, sin embargo, y trató de volver á continuar sus estudios, que eran su única distraccion. Con esta disposicion de ánimo se hallaba sentado un dia en uno de los espléndidos salones del museo de Munich, pero no podia ver nada: su pensamiento se hallaba fijo en aquel buen padre que le habia mostrado un afecto tan dulce, y que habia sido el guia de sus primeros años. Doliase de todos los días que los habia pasado lejos de él, y aun si hubiese podido oír sus últimas palabras, recibir su último adios, sintiendo aquella mano venerable colocarse sobre su cabeza antes de volver á entrar en el eterno descanso, hubiera tenido mas consuelo.

Hallándose así absorto en aquella meditacion, levantó con indiferencia los ojos. Una aparicion se hallaba delante de él, perdiéndose entre la media luz. Era una jóven doncella, cuya espresion era mas bella que la belleza. Un amargo dolor habia pasado sobre su frente; empero su frente habia permanecido pura y limpia; su mirada penetrante desafiando el padecimiento, como la virgen mártir al entrar en el circo desafiaba al César, diciéndole con una voz vibrante: ¡Soy cristiana! Aquella hermosa figura, ajustando con sencillez y pudor su paño negro sobre su descubierto pecho, parecia dirigirse á él con la voz de una hermana amada para decirle: «Y yo, Jorge, ¿no he padecido? ¿No he perdido cuanto tenia de mas querido? ¿No estoy sin apoyo, sola en el mundo? Tengo confianza, sin embargo: viviré con mis recuerdos; pero vos, Jorge, teneis mas que recuerdos; teneis deberes que cumplir; teneis una madre que os espera para enjugar su llanto; hermanas de quienes seréis el apoyo, y amigos que os consolrán.» ¡Y decia todo esto aquella bienhechora hada, y otras muchas cosas mas!

Levantóse para escuchar todavía; empero la ilusion habia desaparecido: se habia despertado de aquel medio sueño, y se hallaba delante del cuadro de *La Desgracia*, del *Corregio*. Allí volvió muchas veces á sentarse delante de aquel confidente de sus penas. Habia encontrado la espresion mas análoga á su dolor: le era penosa toda conversacion, solo hallaba placer en sus mudos coloquios con *La Desgracia*. Fué preciso marcharse: obtuvo el permiso de hacer un dibujo copiando aquel cuadro, que no era sino una admirable copia ejecutada por un pintor alemán del siglo XVII. Así se trajo y llevó siempre sobre su corazon la imágen que correspondia á sus mas íntimos pensamientos; y así fué como pudo hacer conocer á Mr. Wolff todo el valor del tesoro que este poseia en su galeria, sin saberlo, hacia muchísimo tiempo.

X.

LA APUESTA.

¿No son implacables algunas mujeres de mundo, algunas grandes y bellas señoras? La ociosidad, el hastio del placer, la curiosidad, las dan extraños caprichos. Para pasar este siglo que se desliza entre probarse un vestido nuevo y la primera visita, entre el paseo y la tardía hora de comer, entre el concierto y el baile, es preciso hacer descubrimientos, improvisar aventuras y sostener apuestas. Estas hermosas señoras tienen siempre a su lado elegantes, seres inútiles, complacientes; elegantes de que se puede hacer lo que se quiera; pero se fatigan de ellos, y los toleran, y los desprecian. Sin embargo, esta frívola corte es la que conviene á tan frívolas soberanas. ¿Quién puede mejor que ella referirles la

crónica escandalosa del día, las arriesgadas aventuras de bastidores, ó de bailes de mascarar, y cosas mas graves y mas indispensables todavía, el curso del día, y la cotizacion de la bolsa? ¡Gran cosa seguramente es el cautivar á gente que nada tiene, y que arrastra su nulidad á remolque de una falda!

Entonces si se encuentra un hombre grave, ajeno á los mil caprichos y futilidades que llenan la vida de estos seres felices y privilegiados, en él se fijan provocando á todo trance el medio de obtener sus atenciones y homenajes; es preciso someterle, vencerle, salvo despues el burlarse del esclavo encadenado.

Estas reflexiones que no se dirigen sino á un corto número de señoras de tono (librenos Dios de hacer la regla de la escepcion); estas reflexiones se nos ofrecen con motivo de la conversacion frívola que habia habido en un pequeño círculo de amigas íntimas, en el tocador de Madama Wolff.

—Querida mia, decia una de las hermosas damas que se hallaban de visita; vuestro favorito es un verdadero salvaje; no sacaréis nada de vuestro Jorge. El está aquí con su persona, que dicho sea de paso, es bastante elegante; pero tiene la cabeza en otra parte, y su corazon no sé dónde está. ¿Habéis notado con qué frialdad nos ha oído? Es estremadamente político; empero bajo esta política hay un orgullo indomable; y si en un lado del salón hay una conversacion de mujeres bonitas, y en el otro graves discusiones entre gentes de edad, bien pronto nos planta por ellas y se inclina hacia los fraques. Pues bien, bajo esta apariencia de sencillez hay un tinte de pedantismo que no tiene nada de lisonjero para nosotras.

—¿Y qué decis, dijo otra buena amiga, de esa burla del alfiler mágico, de esa pretension de tener siempre sobre la vuelta de su frac ese precioso talisman de veinte al cuarto? ¿Habéis reparado con que aire magistral nos ha espuesto el otro día en la mesa los méritos de su alfiler?

—¡Eh, Mr DEAR! dijo una jóven lady. ¿No sabéis que ese alfiler es un encantador que le dirige hacia lo hermoso y lo bueno con tanta seguridad como la aguja imantada os podria conducir hacia el polo? Yo necesitaria una brújula semejante.

Madama Wolff habia oído con cierto desden todas estas murmuraciones. Hallábase reclinada muellemente sobre su sofá, abandonándose al placer de la intimidad de sus amigas, y dijo con una voz indolente y una media sonrisa:

—Jorge hará aquí como todo el mundo; hará lo que yo quiera, y cuando yo quiera me dará ese alfiler y lo prenderá por su propia mano en esta cinta que veis.

—Sin embargo, ese alfiler es toda su fortuna, dijo la crédula inglesa. En Escocia, nosotras tenemos tambien muchos talismanes que hacen prodigios. ¿Creéis que sin el auxilio de esa segunda vista, Mr. Jorge hubiera descubierto en vuestra galeria una pintura del *Corregio*, que se pagaria por mas de mil guineas en Inglaterra? Os desafío á que le hagais desprenderse de su tesoro, de su varita de virtudes.

—Pues bien, dijo Mad. Wolff, si quiero yo mezclarme en el asunto, lo tendré esta noche misma; y será tan cierto que será ese mismo alfiler, que no volveréis á ver jamás otro alguno sobre la vuelta del frac de Jorge.

Sobre esto hubo diversas chanzonetas muy divertidas y de buen gusto.

—¿Qué apostais á que ya esta noche no tiene su alfiler?

—Apuesto diez luises á que no lo teadéis vos, dijo la inglesa.

—Veinte luises á que lo tendré, contestó madama Wolff levantándose con viveza.

—¿Quería saber, dijo una jóven cuyos dedos jugueteaban sobre el piano, qué os ha hecho ese pobre jóven. O él no tiene interés en su alfiler, y entonces gran conquista habéis hecho, ó lo tiene muy grande en conservarlo como un recuerdo, y en ese caso haceis muy mal en conspirar para arrebatárselo. Os quejais de que ese mozo raciocina con exactitud y no habla sino

cuando corresponde. ¿Pues no tenemos bastantes aturridos que no raciocinan nunca, y que hablan sin ton ni son? Os advierto que lo tomo bajo mi protección.

—Podeis protegerle bajo vuestras blancas alas de Angel de la guarda, dijo Mad. Wolff; pero entonces haced buena guarda, porque esta empeñada la partida, y no he de omitir nada por ganarla.

La amable persona que habia tomado la defensa del oprimido, era, como habrán podido adivinarlo nuestros lectores, aquella misma señora que habia encontrado en él un acompañante para el piano. Era de origen italiano, y se llamaba la señorita Borghese: era muy buena, y menos frívola que las que la rodeaban, porque sabia ocuparse, como muy aficionada en la música, en la que era sobresaliente. Era muy festejada y obsequiada en casa del Baron Wolff, y en la intimidad de ella la llamaban sencillamente Borghese. No tenia pretensiones, á pesar de que era muy linda, y la independencia de su carácter le habia hecho no casarse.

Tenia el tono y los modales que en el gran mundo se llaman de una *biena muchacha*, y la fortuna de que podia disponer le hacia hablar con toda libertad é independencia.

Separáronse las amiguitas, y se citaron para la noche, á fin de saber el desenlace de la aventura.

XI.

LA ANTIOPE.

Borghese, si podemos tomarnos la libertad de darle este nombre, pasaba una parte de su vida en aquella brillante y hospitalaria casa. Tenia allí un cuarto, y conocia á los habitantes de ella, así como sus hábitos y costumbres.

Sabia perfectamente, por ejemplo, que despues de haber trabajado con Mr. Wolff en su gabinete, Jorge se iba al medio dia á la galería de cuadros para continuar allí un trabajo de que se hallaba encargado.

Un jardín de invierno se hallaba en comunicacion con aquella galería por medio de dos arca-das, y era prodigioso ver reunidas de este modo las maravillas del arte á la de la naturaleza. Aquel hermoso jardín cubierto, bajaba por una rampa suave, y por mil sinuosidades y ondulaciones del terreno, desde la galería de los cuadros que se hallaba en el piso principal hasta el gran jardín de la casa. Las plantas mas ricas se hallaban allí conservadas: así es que habia tiestos de naranjos, de mirto, de granados, de hortensias, de camelias, de rododendros, que ocultaban el plateado hilo de un arroyo rápido que se precipitaba risueño en un estanque de mármol de color de rosa, y salpicaba con su blanca espuma aquellas hermosas flores de Yaro, que semejan á vasos de plata mate llenos de chispeante champagne.

Era una deliciosa mansion donde era grata y dulce la vida, y donde todo invitaba al descanso y á la meditacion. Borghese sabia bien que en ninguna otra hora, ni en ningun otro lugar podia encontrar su víctima la castellana. Así es que se apresuró á ir allí por una puerta secreta del jardín de invierno. Se instaló con un libro en la mano en un espeso cenador de magnolias, bajo el que se hallaban dispuestas unas sillas, y esperó allí.

Hallábase ya Jorge en la galería dando sus órdenes á algunos obreros que trabajaban en ella, y que se retiraron. La pérfida baronesa le hizo aguardar mas tiempo, porque tenia que prepararse al combate. Pronto entró por una puerta baja deshojando las rosas al pasar, siguiendo las sinuosas sendas que conducian á la puerta abierta de la galería; pasó muy cerca de Borghese sin verla, y se presentó con alguna vacilacion en el suelo de la galería.

—¡Pobre Jorge, tú tan cándido y tan sencillo en frente de tanta astucia y de tanta malicia! ¿Te dejarás coger en sus redes? Si yo pudiese prevenirte, no soy mas que un pobre alfiler, mas si no sabes conservarme. ¡pobre de tí! La sirena habia escogido el vestido mas á propósito y en armonía con el cuadro en que iba á representar el principal papel. Sus cabellos del mas lindo

matiz, ese matiz que tanto gustaba á los pintores venecianos, se hallaban levantados sobre la cabeza en espesos *bandós*, y formaban un gran lazo por detrás: llevaba un peinador blanco de grande sencillez, y sobre el pecho un lazo de cinta cuyas estremidades desiguales caian con la mayor gracia y elegancia. Y la hija de Eva comenzó en aquel paraíso de carton la eterna escena de la tentacion.

Tosió ligeramente para llamar la atencion de Jorge que se levantó, saludó con respeto, y pareció dispuesto á volver á continuar su trabajo.

—¡Oh! Perdon, Sr. Jorge, le dijo, creia estar sola. Dígame V., si no es bastante para distraerle, ¿cuál es el nombre de esta planta singular que se estremece cuando la toco, y que parece tener miedo de mí? ¿No es particular? Yo no le hago, sin embargo, mal.

—Señora, á lo que yo me acuerdo, es una variedad de la *acacia*, que tiene las propiedades de la sensitiva.

¿Y á qué atribuis, señor Sabio, esa sensibilidad de una hoja, mientras que muchas gentes tocan mi mano sin sentir la menor emocion?

—Creo, señora, dijo seriamente Jorge, que los poetas han atribuido gratuitamente el sentimiento á ese inocente arbusto. Creo haber oido decir que el calor de la mano obra sobre los vasos delicadísimos que contienen la sávia, y entonces.....

—Entonces, hé ahí lo que son nuestros eruditos; todo lo despoetizan. ¿Por qué no dejarnos creer que la *anémone* se vuelve al lado del sol, y que el *narciso* se mira en el agua para ver en ella su imágen? Todo en la naturaleza, ¿no tiene acaso una voz y un pensamiento?

—Seréis bastante buena para disculparme, señora; yo creo que la poesia está en nuestra alma; es un sentimiento elevado de las cosas, que despierta nuestra imaginacion; y esta poesia, estos sentimientos los atribuimos nosotros á los objetos inanimados que nos rodean. Así el sauce llora sobre las sepulcros, porque su lindo follaje se mece parecido á la suelta cabellera de una madre que llora arrodillada é inclinada sobre una cuna.

—¿Sabéis que no es muy alegre lo que me estais diciendo? ¿No podriais haber encontrado alguna comparacion un poco menos lúgubre? dijo la dama con aire dolorido, y recostándose muellemente sobre un sofa.

Levantó entonces sus torneados brazos sobre su cabeza, en la encantadora posicion con que los poetas pintan á Erigone, y desprendió de un ramo que se inclinaba sobre su frente, una linda flor de granado, cuyo tallo colocó negligentemente entre sus labios, que no brillaban con menos brillo, y sujetó despues aquella flor en su cinturón con alguna afectacion.

—Yo mejor quiero creer que el manantial que murmura, llama con su dulce voz y advierte al sediento pajarillo; que la brisa me acaricia; que el eco es una voz amiga que corresponde á mi voz; pero vos, Sr. Jorge, que la echais de filósofo conmigo para atormentarme, teneis tambien vuestras debilidades, y ese eterno alfiler, que llevais como un sargento lleva sus galones, es la prueba de vuestra credulidad.

(Se continuará.)

LA LUZ DEL CEMENTERIO.

NOVELA FANTÁSTICA

POR

FEDERICO UTRERA.

III.

EL CEMENTERIO.

Lúgano es un pueblo enteramente italiano; sonríe como una de las isletas de Nápoles. Solo le falta para ser Cáprea, tener su cielo. Sin embargo, hay un lugar que difiere bastante de su

general aspecto: este es el cementerio, cuya construccion es alemana.

Por la parte norte de Lúgano, estiéndese como una ancha calzada, de larga estension, de provista de árboles, y que finaliza en un vasto terraplen en forma de anfiteatro. Este terreno, sumamente feraz, está cubierto por bosques de pinos por la parte de tierra, y bañado por el lago en toda la estension que pillan unas altas y escabrosas rocas casi inaccesibles. Entre los bosques y las rocas, se halla situado el cementerio.

Hé aquí su descripcion. Es un cuadrilongo perfecto, teniendo su longitud de las rocas á los bosques. La tierra siempre se halla cubierta de verdura, y su circuito lo forma una verja de hierro de poca altura, y sobre cuya puerta hay una cruz grande del mismo metal. Sepulcros de mármol, granito y tierra, ocupan el cuadrilongo en todas direcciones: unos cubiertos de siempreviva, otros coronados por sauces, y en medio del gran patio se levanta solo, elevando su aguda copa al cielo, un ciprés que, como un solitario gigante, domina todo el contorno. Ya sea por lo separado que de Lúgano se encuentra el cementerio, ya porque al Sur y al Norte lo sombreen dos altas colinas, el sitio es lúgubre é inspira temor al mas fuerte espíritu. Difícilmente se encuentran conserges que quieran guardar el último asilo del hombre, y el encargado de tan triste mision vive á larga distancia en una casita construida al efecto.

Los habitantes de Lúgano jamás se acercan á los alrededores, y cuentan mil anécdotas de muertos y aparecidos, de fantasmas y trasgos, de siniestras voces y almas en pena.

Mas, de cuantos misteriosos sucesos le hacen teatro, ninguno les asombra tanto como el de una luz que durante las altas horas de la noche, cuentan que aparece, iluminando con vívidos reflejos cuanto á su lado tiene. La idea de esa luz portentosa les aterra en tales términos, que tiemblan como azogados, y palidecen como niños si se les habla de ella.

Sin embargo, algunos valientes han querido hacerse superiores al vulgo, y se han acercado al cementerio de noche; pero bien pronto han vuelto piés atrás aterrados y confusos. Y el cementerio es bonito. Quien entrase en él exento de preocupaciones, tal vez sentiría una tranquilidad agradable y un secreto placer: tal vez desearía detenerse largas horas contemplando la soledad y admirando el profundo silencio de que allí se goza.

IV.

LA LUZ

Anudaré el hilo de esta historia.

Habiase desencadenado una horrorosa tempestad. El viento silbaba con estruendo por entre las gargantas de las rocas, y agitaba los árboles corpulentos como si fueran juguetes de fácil movimiento.

La lluvia caia á torrentes y el cielo, sumido en la mas profunda oscuridad, no dejaba percibir ni los mas cercanos objetos.

Sin embargo, sobre las negras aguas del lago, divisábase un bulto que dificultosamente avanzaba hacia las rocas del cementerio.

¿Qué podria ser? La barca que pocos momentos antes hemos visto zozobrando, y que luchando con la impetuosidad del agua y el viento, pugnaba por acercarse á las rocas. Por fin llegó, y el que manejaba los remos la abandonó rápidamente y trepó con inconcebible agilidad por los agujeros de un peñon escarpado, en cuya cima se colocó fijando su mirada en el cementerio.

No bien hubo ejecutado esta operacion, cuando la barca como si obedeciera á un extraño impulso, empezó á alejarse con silencio y á poco perdióse en el tumulto del oleaje. El personaje que habia escalado el peñon quedó solo.

Y la tempestad no cesaba: la lluvia proseguia cayendo con fuerza, y de cada peña se desplomaba al lago un impetuoso torrente. A cada instante se hacia mas densa la oscuridad general, y confundidos los objetos todos, era imposible



Luz del Cementerio.

distinguir los sitios. La noche, cerrando con su manto aquel cuadro tan variado y bello, lo amalgamaba con sus sombras y hacia desaparecer sus mas pronunciados contornos.

Y sobre aquel gran peñon tan elevado, seguia imperiérrito y silencioso, como una estatua de ébano, el personaje que le habia escalado. Hallábase de pié cubierto por un largo redingot y un ancho sombrero de fieltro por el que se deslizaba el agua. Sus ojos fijos y brillantes miraban sin cesar al cementerio, como si viese en él algun suceso notable que ocurriese, y que únicamente sus negras pupilas tuviesen la virtud de percibir en la terrible oscuridad que todo lo envolvía.

Mas de una hora pasó en ese estado sin que ninguna circunstancia viniese á interrumpir su contemplacion.

Pero súbito, y conmoviéndose como si una chispa eléctrica le hubiese tocado, sus ojos despidieron una mirada llena de alegría. Fijáronse con mas insistencia, y parecian como querer penetrar á través de las espesas tinieblas en que se hallaba envuelto.

¿Qué causa le habia venido á sacar de aquel estado de parálisis?

En medio del cementerio, próximo al ciprés, y sobre una losa de marmol blanco, brillaba una luz. Esto era lo que habia hecho lucir en sus ojos la alegría.

¿Cómo habia aparecido esa luz? ¿Quién la habia puesto allí? ¿Como se mantenía encendida á pesar de la lluvia y el viento?

En medio de la mas densa oscuridad lucia solitaria y pura, sin que su llama oscilase, ni se inclinara en ninguna direccion.

Como si fuera una estrella fija que por una rotura de las nubes se viese; como una luz eléctrica, que colocada en un punto elevado brillase; como la hoguera del pastor que de lejos se divisa; así la llama fija, ténue, azulada y fosfórica, permanecia en el silencio y la oscuridad.

Habia aparecido por si misma y no por grados, sino como un gas que de súbito se inflama. No iluminaba sus contornos, ni despedia rayos, y su color de azul y amarillo le daban un tinte melancólico y siniestro.

Pero el personaje de la roca no se aterró: al contrario, le dicho que la miró con alegría, y no quitó de ella los ojos hasta que desapareció. En-

tonces cayo en una especie de abatimiento, y permaneció una hora mas en la misma actitud: tal vez meditaba.

De pronto, levantando al cielo la vista, y con un ademán violento dijo dirigiéndose al punto de descenso de la roca.

—¡Oh! concluiré por volverme loco. Y acto continuo comenzó á descender. La tempestad que habia suspendido por un corto momento su fria, volvió mas impetuosa á batir sus alas por aquellos espantosos sitios, y mil extraños ruidos, confusas voces, dolientes gemidos, zumbaban en todas direcciones, como si fuera el centro del Tártaro.

El desconocido, cuando supuso haber llegado al sitio en que habia dejado la barca, se desprendió de la roca y se dejó caer.

El agua del lago sonó como si una roca se hubiese desprendido, sepultándose en su seno. Despues se escuchó ese rumor sordo é imponente de un remolino, y á poco un ruido que confundia el estrépito del agua, y que parecia el compas de dos brazos que azotaban mutuamente las olas.

Este ruido fué poco á poco perdiéndose, y ya no se oyó sino el gemir del viento, el bramar del agua, y el retumbar del cielo.

V.

EL CONSERGE DEL CEMENTERIO Y SU HIJA.

Dos dias han trascurrido desde que tuvieron lugar los sucesos apuntados en los anteriores capítulos.

Amaneció un hermoso dia: el sol brillaba con magnífica esplendidez. El aire era demasiado frio.

A doscientos pasos del cementerio, y en una plazoleta que forma un espeso bosque de castaños, hay un pequeño edificio de bella apariencia, aunque no muy grande. Este edificio que consta de cinco piezas anchas y ventiladas, es la habitacion del conserje del cementerio de Lugano. Rodeado de una reja de baja altura, tiene un pequeño jardin que sirve de patio a la casa, y en él pasan su vida algunas gallinas y otras aves. A él solo tiene una puerta la casa, que en forma de ángulo recto cubre su lado sur y poniente.

Sentado en una silla de madera de pino, y vestido con un pantalon azul, un gaban de paño burdo y un gorro de lana morado, hallabase el con-

serge tomando el sol á la puerta de su morada.

Su fisonomia tenia algo, ó por mejor decir mucho de feroz y altiva. Sus ojos eran pequeños y opacos: parecian como velados por una nube oscura. Su nariz era recta y gruesa: su frente deprimida y sombría, y las cejas espesas y arremolinadas en la conjuncion de su nariz.

Estaba como meditando, y sin movimiento alguno.

Inmóvil permanecia ya largo rato, cuando vino á sacarle de su abstraccion una voz que desde la puerta del jardin dijo:

—Beltran, la llave.

—¡Ola! contestó Beltran, parece que en estos dias no ha sido mala la cosecha. Este es el tercero.

—Ea, despacha pronto que tenemos prisa.

—Voy, voy, y volviendo la cabeza hacia su habitacion:

—Emma, Emma, trae la llave, gritó.

A poco, una jóven como de diez y siete años, se presentó en la puerta, vestida con un traje negro y un pañuelo blanco sobre los hombros.

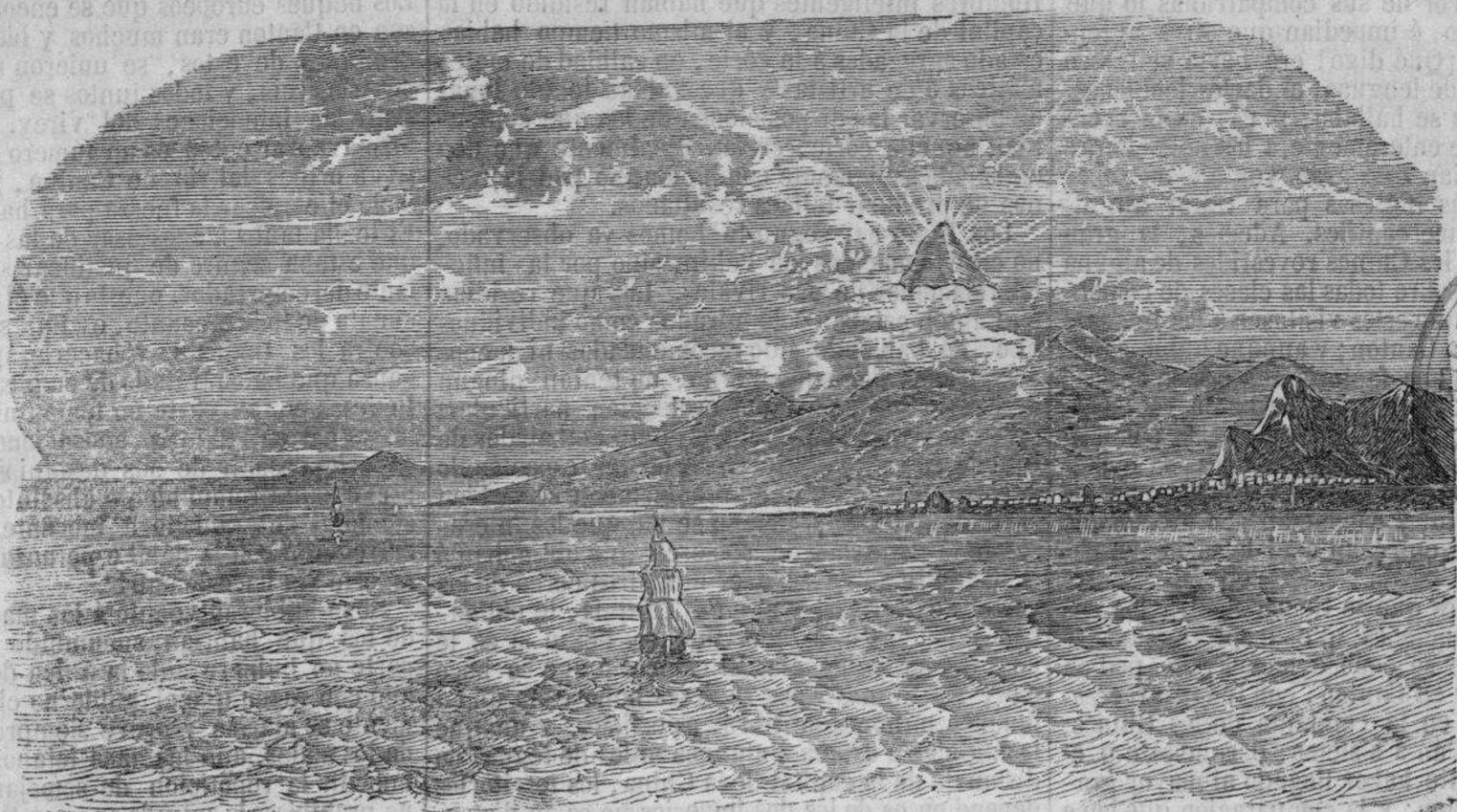
—Tomad, dijo presentando á Beltran una llave de grandes proporciones.

—Vamos, dijo Beltran levantándose del asiento, y con paso tardo dirigiéndose al cementerio en compania de cuatro hombres, que levantaron una caja que descansaba en el suelo.

La jóven quedó sola.

Levantó su frente y miró al cielo. Habia en su rostro un encanto indefinible. Era morena, y su pelo negro y espeso: sus ojos pardos y como parados, se movian con rapidez al cambiar la mirada, cual si en otro tiempo hubieran sido vivos y juguetones. Sus mejillas eran llenas, pero todas las líneas del rostro pronunciadas; su boca de labios gruesos, pero perfilada y graciosa, y con cierto modo de jugarla que la hacia muy bella. La frente ancha y levantada; la nariz quebrada en su nacimiento y redondeada por la punta. Los hombros anchos, y el seno levantado como una deidad griega. Revelaba cierta robustez, y su fisonomia, general abandono y hastío.

Nadie al verla la hubiera considerado infeliz, y sin embargo, fijándose algo detenidamente en las líneas curvas que ligeramente rodeaban su boca, una vista perpicaz hubiera conocido que aquella jóven guardaba sufrimientos y padeceres en el fondo de su corazon.



AFRICA.— El Pico de Tenerife



Levantó, como he dicho su mirada al cielo, y para que no la molestase el sol, cubrió su frente con la mano derecha. Y paseó diferentes veces sus ojos por el horizonte tan despejado y tan puro.

—¡Ay! murmuró al fin con debilitada voz. ¿Qué me importa ese cielo?

En seguida se sintieron pasos y bajando la mano esperó al que se acercaba.

Beltran llegó con su enorme llave, la entregó á la jóven y volvió á su primitiva posición, tomando asiento en la silla.

Emma penetró en el interior de la casa.

(Se continuará.)

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el núm. 1.º)

Indignada toda la flota de esta agresion, desplegó al punto sus rojos pabellones, y levandole ancla cuando la marea lo permitió, fué á colocarse frente al fuerte, que al momento se puso á cañonearla, pero sin poderle tocar á sus buques ni aparejos. Cada buque disparó entonces muchas andanadas; y al cabo de dos ó tres horas, notando que el fuego de los Chinos disminuía, los Ingleses mandaron sus botes á tierra con cierto número de hombres. Al ver esto, los Chinos huyeron desparavido. Los marineros ingleses, habiendo desembarcado, entraron en el fuerte y plantaron el estandarte de su nacion. La misma tarde trasportaron á su bordo los cañones de los Chinos, quemaron la habitacion del gobernador y demolieron una parte de las murallas. Se apoderaron tambien de dos *juncos*, de los cuales uno estaba lleno de planchas y maderas de construccion, y el otro de sal.

Poco tiempo despues, detuvieron otro barco chino, aprovechándose de su bote para enviar una carta al mandarin principal de Canton. En ella se quejaban de que se habia roto el acuerdo hecho con ellos, lo que habia sido causa de que atacasen la fortaleza, y pedian con energia la libertad que necesitaban para su comercio. La carta sin duda se remitió como se deseaba: porque al dia siguiente se vió avanzar hacia el buque un bote que llevaba el pabellon blanco; á bordo de este, se hallaba un chino llamado Paulo Noretty, mandarian de orden inferior, y

convertido hacia mucho tiempo al cristianismo por los Portugueses. Los Ingleses le dieron parte de los ultrajes que habian recibido y de la intencion que tenian de tratar con los Chinos de una manera franca y amistosa, asegurando, además, que ellos no los combatian nunca sino para defenderse. Acto continuo, hicieron algunos regalos á este oficial, y le despidieron. Este se hizo desembarcar en un punto de tierra, donde se veian á caballo algunos de los principales mandarines, los cuales, desde que supieron lo que se les habia dicho á bordo de la flota, le volvieron á enviar en un pequeño *junco*, con la orden de conducir á Canton á los Ingleses que quisieran ir á pedir el permiso que necesitaban.

Tomás Robinson y John Mounteney fueron los elegidos para esta mision. Se embarcaron en el *junco*, y al dia siguiente por la noche llegaron á las murallas de la ciudad, y anclaron frente por frente del palacio del gran Almirante Cham-Pim. Al dia siguiente, Paulo Noretty les habia procurado los medios de hacer presentar una peticion en la forma acostumbrada, y los condujo á tierra. Se les hizo desde luego pasar entre dos triples filas de soldados que formaban la guardia de los mandarines chinos reunidos. En seguida se les mandó arrodillar segun el uso del país; y, por último, Tomás Robinson levantando por encima de su cabeza la peticion desplegada, la entregó á Paulo Noretty, quien la presentó al Almirante Cham-Pim.

El contenido de esta peticion pareció tan razonable al Almirante, que aceptó al momento las proposiciones de los Ingleses, y les prometió toda su ayuda.

Al mismo tiempo censuró altamente la traicion y las calumnias de los Portugueses, á quienes acusó de haber sido los únicos autores de la mala inteligencia que habia reinado entre los Ingleses y los Chinos. Tomás Robinson y Jhon Mounteney se retiraron muy satisfechos á bordo de su flota. Los cañones de los Chinos se desembarcaron y remitieron al fuerte; los *juncos* fueron devueltos, y la paz y benevolencia perfectamente restablecidas.

Esta relacion prueba cual era la moderacion de los Chinos hacia los extranjeros; ó mejor, muestra la débil é incierta administracion de una dinastia vacilante; pero hace ver al mismo tiempo bajo qué falsos auspicios han principiado las relaciones de los Ingleses con la China. Estos temerarios aventureros parecian no pertenecer á ningun pueblo; no estaban autorizados por ninguna potencia, y se veian calumniados por aquellos á quienes se habian confiado. Por otra parte, no les habia precedido ningun viajero de su nacion, que animado por motivos de piedad ó

de curiosidad, hubiese podido dar alguna idea ventajosa de su país á los Chinos. Aquel continuó siendo poco conocido en China, aun despues que los Ingleses hubieron principiado á traticar en Canton. Los Chinos, por último, no conocian mucho tiempo hacia á los Ingleses, sino por el despreciable apodo de *Hoongmowzhin*, que equivale á decir *la raza de cabezorro rojo*.

Cuando la Inglaterra hubo aumentado su comercio hasta el punto de enviar anualmente un gran número de barcos á Canton, y que el ruido de sus victorias en el *Hindoustan*, y la conquista de las Islas Filipinas en los mares de la China, hubo fijado la atencion de Pekin, esta corte trató sin duda de conocer la nacion que se distinguia de una manera tan ruidosa. Pero las gestiones que hizo respecto á esto no pudieron dirigirse mas que á misioneros, cuyas respuestas fueron quizás tocadas de parcialidad. Fueron necesarias muchas precauciones y una conducta muy reservada, para borrar la impresion desfavorable que se habia hecho de ellos. Pero esta conducta no se avenia siempre con el espíritu de independencia y de libertad que caracteriza á los Ingleses, y que por laudable que sea, podia alguna vez tener una apariencia de orgullo y de presuncion á los ojos de los altivos y despóticos magistrados de la China, sobre todo cuando recaia en hombres dedicados al comercio, profesion que ellos miran como una de las últimas de la sociedad. Los ignorantes marineros, ú otras personas de un estado inferior, abusaban aun mas frecuentemente de la libertad que se les dejaba, y sus excesos no podian sino tener funestas consecuencias. Entregados á sus pasiones y á sus caprichos, se creian autorizados para todo, y se malquistaban con escenas escandalosas á los ojos de un pueblo cuyas menores acciones son motivadas por preceptos ó reglamentos particulares.

En virtud de todo esto, los Ingleses eran ciertamente mirados en la corte de Pekin, como los extranjeros mas peligrosos que frecuentaban los puertos de la China; y se los trataba en Canton con el mayor rigor posible.

Los oficiales imperiales, á cuya inspeccion se encontraban sometidos, podian impunemente maltratarlos y dificultar su comercio. Cuando esta injusticia escitaba algunas quejas, se las miraba como frivolas ó mal fundadas, y se atribuian á un caracter inquieto é irrazonable. Se habian además tomado medidas bastante eficaces para impedir á los Ingleses el hacer oír en lo sucesivo sus reclamaciones; porque se habia severamente castigado á algunos Chinos sospechosos de habérselas traducido al lenguaje del país. Los pocos Ingleses que conocian aquella lengua, eran necesariamente empleados en hacer repre-

sentaciones en favor de sus compatriotas lo que les esponia mucho, é impedian que otros aprendiesen el chino. ¡Qué digo! era harto peligroso para un maestro de lenguas, el darles lecciones. La nacion inglesa se hallaba, pues, en la necesidad de confiarse enteramente á los negociantes chinos, que tenian una gran ventaja en saber bastantes palabras inglesas para tratar allí algunos negocios mercantiles. Además, la gran superioridad que los Chinos revestidos de alguna dignidad, tienen sobre todas las clases de comerciantes, impedia que estos visitasen á los Ingleses que se hallaban en Canton; y aunque hubiese mas de cien años que una factoria inglesa se hallase establecida en la ciudad, no se habia realizado en las costumbres, los sentimientos, la compostura y los hábitos de las dos naciones, la menor de esas relaciones que facilitan desde luego las miras del comercio, y consuelan con frecuencia á aquellos que se entregan á él lejos de su patria.

Las prevenciones que se tienen contra los extranjeros, prevenciones que inspiran siempre mas aquellos que se conoce menos, no podian dejar de subsistir en Canton, con toda su fuerza. No solo influian en la conducta de los Chinos, sino que la reducian á sistema, porque este pueblo cree firmemente haber llegado al mayor grado de la civilizacion; y la comparacion que hace de sus costumbres con las de las demás naciones, le conduce á mirar á estas como bárbaras, y emplea toda clase de medios para mantener en el deber á todos los Europeos que abundan en las costas. Parece tambien que quiere evitar con eso el peligroso efecto que podrian tener los malos ejemplos. La China no habia abierto á los buques extranjeros mas que uno de sus puertos; y cuando la estacion de su marcha se aproximaba, se obligaba á cada europeo á embarcarse, ó á lo menos abandonar el territorio chino: de esta suerte la factoria inglesa quedaba desierta, y la terminacion de una parte de los asuntos quedaban forzosamente para el año siguiente.

En cuanto al pueblo chino, aunque haya visto á muchos de sus comerciantes enriquecerse traficando con los Europeos, continuó atribuyendo la admision de estos extranjeros, en uno de sus puertos, á principios de humanidad y benevolencia hácia las naciones que les faltan los productos de que abunda la China. Cree que no se trata con esas naciones, sino para seguir el precepto de sus antiguos sabios, y no con el deseo de sacar una ventaja reciproca.

Es verdad, que durante mucho tiempo, las mercancías de Europa tuvieron muy poca salida en la China. La necesidad en que estaban los extranjeros de pagar en plata el exceso de los objetos que compraban, no podia agrandar á los Chinos, como habia sucedido con otras naciones, que hacen sin cesar remesas de fondos por diversas vías. En la China raras veces se está en este caso. Es preciso, pues, desde luego, mas metal para representar allí el valor de los demás objetos, y el aumento de este metal llega á ser mas bien un inconveniente que una ventaja.

La opinion que se tenia del comercio extranjero, hacia á los que estaban encargados de vigilarle muy indiferentes á sus progresos: mas bien le sufrían que escitaban, y los Europeos, empleados en este comercio, muy raras veces podian interesar á los mandarines en su favor, ó aun obtener justicia. Los Ingleses, sobre todos, se hallaban espuestos á esta desventaja. Casi privados enteramente de medios para defender su causa en Canton, no tenian en la capital á nadie que mirara por sus intereses, y los pusiese al abrigo de las vejaciones. Sufrían, en fin, muchos descalabros en sus negocios, y se hallaban insultados personalmente con frecuencia. Sin embargo, no podian figurarse que semejante tratamiento estuviese autorizado por el emperador de la China, ni menos que este príncipe lo supiese. Esta fué la razon porque muchos agentes de la compañía de Indias, empleados en el comercio de la China, solicitaron del gobierno inglés para que enviase una embajada á Pekin, con la esperanza que el emperador daria sus órdenes para que cesaran las injusticias de que tenian que quejarse.

Hombres inteligentes que habian residido en la capital de la China, y al mismo tiempo habian estado agregados á la corte, en calidad de matemáticos ó de artistas y que habian tenido lugar de observar las disposiciones de los que componian aquella corte, creian igualmente que una embajada sabiamente conducida, no podria menos de producir felices resultados.

Los Ingleses, segun lo hemos ya observado, no eran conocidos en Pekin, sino por las infelices relaciones de sus rivales. Los que residian en Canton estaban solo mirados como individuos que, no habiendo sido recomendados ni menos autorizados por su gobierno, no tenian ningun derecho á pretender una proteccion particular. Se creia, que la presencia de un embajador de Inglaterra en Pekin ofreceria un espectáculo nuevo y lisonjero, que probablemente seria bien recibido. Al mismo tiempo se vió que los intereses de la politica y del comercio que obligaban á la Gran Bretaña á sostener ministros cerca de las cortes de Europa, y aun en Turquía, le obligaban igualmente á tener uno en Pekin si se le permitia su residencia. El comercio que se hace entre los Chinos y los Ingleses sube cada año á muchos millones de libras esterlinas, y aunque la Inglaterra estaba á algunos miles de leguas de distancia de la capital de la China, los territorios dependientes de los dos imperios no están distantes sino cerca de 200 millas del lado del Hindustan. La mayor parte del país, que se estiende entre los limites de las posesiones inglesas en Bengala, y al extremo occidental de la provincia china de Shen-Sée, está ocupada por pequeños príncipes, que continuamente se hacen la guerra; pero que al mismo tiempo buscan ávidamente la alianza y la proteccion de uno y otro de sus poderosos vecinos. Estas circunstancias deben, segun el órden regular de las cosas, y como se ha experimentado ya, dar lugar á discusiones, que sin la interposicion de personas autorizadas por sus gobiernos, y revestidas de un título respetable, podrian ocasionar entre las dos cortes una peligrosa desavenencia.

Los mismos inconvenientes hay que temer durante el curso de las relaciones comerciales que existen en otra de las fronteras de la China. Hace algunos años (1) ocurrió en Canton uno de esos accidentes imprevistos, que, segun se dice, fué causa de que cesase de repente el comercio extranjero. En un regocijo particular, uno de los barcos que hacian el cabotaje con los establecimientos ingleses de la India y de Canton; pero que no pertenecian á la Compañía inglesa, ni estaban de ninguna suerte sometidos á sus reglamentos, disparó sus cañones: desgraciadamente los que los habian cargado, habian tenido la imprudencia de hacerlo con bala, y dos chinos que se hallaban en un bote á poca distancia del buque fueron muertos. El asesinato es ciertamente menos frecuente, y produce mucho mas horror en la China que en la mayor parte de los puntos de Europa: así es que nunca se perdona.

Indignado el virey de Canton de aquella atrocidad, ó del horroroso acto de que un europeo hubiese quitado la vida á dos chinos, pidió al momento que se le entregase el inglés que habia pueso fuego á los cañones, ó aquel de quien hubiera recibido las órdenes. Este último ya se habia salvado, y el primero no habiendo hecho sino obedecer al otro, fué juzgado inocente por los agentes de la factoria inglesa, los cuales resolvieron protegerle: estos intercedieron en su favor, y observaron que el funesto accidente que habia sobrevenido, no era premeditado. Sin embargo, el virey que ya estaba prevenido contra los Ingleses, y que los creia inclinados á toda clase de infamias, declaró que una victima debia expiar el crimen que se habia cometido, é insistió en que se le entregara el artillero: para estar aun mas seguro de obtenerlo, hizo arrestar á uno de los principales encargados de la Compañía.

Aquella medida extraordinaria repartió la alarma en todas las demás factorias, y sus agentes hicieron al punto causa comun con los Ingleses.

(1) Advertimos al lector que esto ha sido escrito en 1793.

Los buques europeos que se encontraban á la sazón en Canton eran muchos y bien armados; los capitanes de estos, se unieron á los empleados del comercio, y todos juntos se prepararon á resistir las intenciones del virey. Este empleado hizo avanzar entonces un número inmenso de tropas á orillas del rio de Canton, y pareció acordado el emplear la fuerza para hacerse obedecer. El temia tanto menos usar de las armas, cuanto que estaba seguro de justificar su conducta delante del emperador, puesto que él solo podia darle cuenta de todo el asunto, escitar su resentimiento contra los Ingleses, y hacerle aprobar la venganza que habia tratado de emplear con ellos. Los Ingleses por su parte no tenian ningun medio de impugnar en Pekin las acusaciones del virey, ni hacerle desistir de sus designios. No pudieron prevenir un rompimiento absoluto, sino sacrificando al desgraciado é inocente artillero, y le entregaron con la débil esperanza que se le daria muerte sin hacerle sufrir.

Si se hubieran venido á las manos, la pérdida de los que habrian sucumbido de una y otra parte no hubiere sido la única desgracia. Se temió con razon que el gobierno chino, que fácilmente se alarma y preve siempre la posibilidad de los males, aun los mas lejanos, no resolviese impedir la repetición de semejantes escenas, y no prohibiese la entrada en sus estados á los extranjeros, para que no peligrase mas la vida de sus súbditos y turbaran la tranquilidad.

Independientemente de toda especie de provecho, se sabe que uno de los principales artículos que sacábamos de la China, y que no se podia proporcionar en otra parte, ha llegado á ser un artículo de necesidad en casi todas las clases de la sociedad en Inglaterra. Hasta que el té de una clase tan superior como el de la China pueda encontrarse en otro país, en tan grande cantidad y á precio tan arreglado, es necesario continuar yendo á buscarle á Canton, y no despreciar ninguna precaucion para asegurarse, al menos que la costumbre de tomarlo no disminuyese en nuestro país.

Es verdad que el té no se conocia en ningun punto de Europa antes de principios del último siglo. En este tiempo ya, los aventureros holandeses, buscando alguna cosa que pudiera tener precio en la China, y sabiendo que la bebida ordinaria se hacia allí con las hojas de un arbusto que se hallaba en el país, quisieron ensayar si los Chinos harian algun caso de una planta europea, á la cual se suponía mas grandes virtudes, y si querrian recibirla como un artículo de comercio. Los Holandeses les llevaron, pues, la sálvia, yerba que la escuela de Salerno alababa en otro tiempo como un poderoso preservativo contra muchas clases de enfermedades. Los Chinos pagaron la sálvia con té que los Holandeses trajeron á Europa. Pero el uso de la yerba europea no duró mucho tiempo en la China, y el consumo del té cada dia fué en aumento en nuestros climas.

Hácia mediados del siglo último, se vendia en Inglaterra en las tabernas y en otras casas, infusiones de té, y el Parlamento puso un impuesto á estas ventas. Aun no hace cien años que la Compañía de Indias no vendia anualmente mas de cincuenta mil libras de té, no habiéndose introducido clandestinamente sino una corta cantidad. Hoy dia las ventas de la Compañía de Indias suben todos los años á veinte millones de libras; lo que en menos de un siglo equivale á un aumento de cuatrocientas veces la misma cantidad, y á una libra por persona de todas categorías, de ambos sexos y edad, en las posesiones de la Gran Bretaña, Europa y América.

La interrupcion repentina de la importacion del té á Europa, seria sin duda una gran calamidad, y nada se conoce que pudiera sustituirlo. Sin embargo, ya se ha ensayado el introducir el cultivo del té en algunos de los cantones que los Ingleses poseen en el Hindustan, y donde el sol y el clima parecen mas favorables á este arbusto. Hay tambien en la isla de Córcega una pequeña plantacion, que es, segun se dice, muy floreciente; pero los gastos que hasta el presente se han originado para el té que se ha recogido esce-

en el valor del producto. A pesar de esto, es muy probable que con la continuacion se podrá, sin depender de una potencia extranjera, proporcionar todo el té que sea necesario; pero mientras, la prudencia ha exigido que se trate de evitar el riesgo de que falte, y que se procure formar con la corte de Pekin las relaciones que sean menos precarias y mas ventajosas al comercio que los Ingleses hacen en la China. Es preciso prevenir tambien las dificultades, y acallar la envidia que pudieran ocasionar las intrigas y las falsas relaciones de los principes aliados ó tributarios de la China y de la Gran Bretaña.

Entre los casos mas notables que ilustran el reinado de Jorge III, algunos de los mas memorables, sin duda, son los viajes emprendidos bajo la proteccion de aquel principe. Entonces los límites de las ciencias se habian perdido, y el globo habia sido recorrido sin ningun motivo de lucro ni de conquista; pero se obtuvieron ventajas mas duraderas y mas dignas de almas grandes. Un hombre (1) á quien el gobierno habia escogido, y que su intrepidez, su razon, su experiencia y estension de conocimientos hacian capaz de empresas las mas dificiles, perfeccionó mucho la navegacion, y despues de reiteradas pruebas, resolvió problemas geográficos no menos importantes que curiosos.

Otro (2), que jóven aun, poseia todos los conocimientos de los mas sabios naturalistas, y que deseoso de ilustrarse por nuevos descubrimientos, abandonaba voluntariamente los goces de la fortuna y del lujo, para ir á los climas mas opuestos y á mares desconocidos, llegó á enriquecer todos los ramos de la historia natural. Tales empresas eran tan superiores á las que ordinariamente ocupaban á los hombres, y tenian un objeto tan útil que llegaron á ser sagradas para un enemigo digno de admirarlas, y sin que hubiera necesidad de pedirlo, el navío de Cook estuvo al abrigo de los ataques, á que la guerra esponia á todos los demás buques Ingleses.

Lord Macartney brillaba en el número de aquellos cuya reputacion de talento, hábito en los asuntos y probidad, está sólidamente acreditada. Pocos hombres han tenido ocasion de señalarse en situaciones mas diversas, y quizás era el único, que despues de haber ocupado uno de los primeros puestos de la India, reuniese los sufragios de los dos partidos que dividian el Parlamento. Sus amigos habian gozado de la satisfaccion de oír pronunciar su elogio el mismo dia por los dos principales oradores de estos diferentes partidos. Enviado en su juventud á Petersburgo, allí concluyó, para veinte años, un tratado de comercio con condiciones tan favorables, que la emperatriz de la Rusia, reconociendo, por último, que era demasiado ventajoso para la Gran Bretaña, se negó por mucho tiempo á renovarle (3). Lord Macartney tuvo despues muchas ocasiones de probar, en distintos puntos del globo, cuán útiles fueron al bien de su país su habilidad y su prudencia. Habia, en verdad, rehusado el gobierno de Bengala, punto donde se gozaba de mas poder, y donde se adquirian mas riquezas que en ninguno de los otros que dependen del ministerio; pero una embajada en la corte de Pekin era por otro estilo tan extraordinariamente atractiva, y ofrecia tanta satisfaccion á un alma ardiente y deseosa de instruirse, que desde que se le ofreció no vacitó en aceptarla.

Lord Macartney no propuso entonces ninguna condicion al gobierno. Mr. Ducidas, secretario de Estado, que habia concebido el plan de la embajada y al cual deben atribuirse todas las ventajas que resultaron, escogió de motu proprio á uno de los mismos amigos de lord Macartney, para que le acompañase en calidad de secretario de embajada, y reemplazarle en caso necesario. Este hombre era ya conocido por haber adquirido alguna experiencia en los negocios, y en 1784 negociado la paz con Tippoo-Saib. Todas

las demás personas agregadas á la embajada fueron nombradas por recomendacion del embajador.

No se vaciló mucho tiempo sobre el camino que debia seguir la embajada. Aunque Pekin estuviere situado mas al mismo lado del Ecuador que Londres, y que no tuviera sino una diferencia de 11 grados entre la latitud de estas dos ciudades; aunque tirando una linea recta de la una á la otra, esta linea pasaba sobre una pequeña parte del mar, y á través de países agradables y cuyo clima es dulce y saludable, no es menos cierto que la mayor parte de estos países estaban habitados por dos naciones muy poco civilizadas para que se pudiese viajar entre ellas con comodidad y seguridad de que la distancia de Londres á Pekin era de 5,990 millas Inglesas (cerca de 8,000 kilómetros). Se creyó, pues, que el camino por mar era el solo practicable, aunque los rodeos que obligaba á hacer triplicaban por lo menos la longitud del camino.

El primer Lord del almirantazgo opinó entonces que, puesto que se estaba en paz, no podia emplearse mejor uno de los navíos del rey que en hacer este viaje: le ofreció al embajador y le pidió escoger él mismo el comandante. Esta eleccion no era ciertamente una cosa indiferente. No bastaba el poseer las cualidades necesarias para dirigir un largo viaje con seguridad y agrado con los pasajeros y tripulacion. Era además necesario ser capaz de atravesar mares poco frecuentes, porque deseaban darse á la vela directamente hacia el puerto mas cerca de la capital de la China, recorriendo un espacio de 10 grados de latitud y mas de 5 de longitud en el mar Amarino y el golfo de Pekin, que ningun navegante europeo habia aun hecho conocer.

La mar esta, escepto su entrada, rodeada por las costas orientales y septentrionales de la China y por las de la Tartaria y de la Corea, igualmente dependientes de los Chinos; así, para penetrar allí y adquirir conocimientos que faltaban á la navegacion, sin dar la menor sombra á la corte de Pekin, no se podia encontrar una ocasion mas favorable que la de la embajada que se enviaba á esta misma corte. Por otra parte, era mucho mas conveniente el seguir aquel nuevo camino, que ir á Canton por la costa occidental de la China; y para pasar á la capital del imperio, emprender un viaje por tierra de cerca de 1,400 millas Inglesas. Habria además de los inconvenientes la esposicion á las dilaciones que un viaje tan largo hubiera podido naturalmente ocasionar con los obstáculos, quizá voluntariamente suscitados, y para las intrigas que entonces no hubieran dejado de encontrarse numerosos pretextos. Estas intrigas habrian sido la obra de magistrados y comerciantes de Canton, de los cuales unos temerian que las representaciones del embajador no influyesen sobre su autoridad y no hiciesen poner límites á su opresion, y los otros que no disminuyesen los provechos de su comercio esclusivo con los extranjeros.

El capitan Gower, elevado despues á la categoria de caballero Baron bajo el nombre de Sir Erasme Gower, era conocido por su talento y su experiencia en todo lo que tenia relacion con la marina. No solamente habia dado en distintos combates pruebas de su bravura, sino que en su juventud hizo dos veces el viaje alrededor del mundo, y contribuyó de una manera distinguida á resguardarse de los accidentes y vencer los numerosos obstáculos á los que inevitablemente se halló espuesto en tan largos y peligrosos viajes. Así es, que estaba acostumbrado á arrostrar nuevos caminos y á remediar los inconvenientes que se presentasen. Este fué el que á solicitud de lord Macartney tuvo el mando del buque de guerra el *Lion*. Dueño de nombrar sus oficiales, los escogió todos despues de las noticias particulares que tenia de su mérito. Una porcion de marinos pretendieron el servir á sus ordenes en una ocasion tan interesante. Hijos de las primeras familias de Inglaterra, llenos de aquel entusiasmo temerario, que es el patrimonio de la juventud, se embarcaron á bordo del *Lion* en clase de guardias marinas, y su número escedió con

mucho á los que se acostumbraban llevar en un buque.

Se le dió tambien al embajador una guardia militar, segun se practicaba en Oriente, no por que tal comitiva sea casi nunca necesaria á la seguridad de una embajada, sino porque se juntase á su dignidad. Los guardias de lord Macartney no eran muchos; pero habian sido escogidos en los mejores regimientos de infanteria y artilleria. Tenian cuatro piezas de campaña, y se lisonjaban que la manera rápida y nueva con que manejan sus cañones, y las distintas evoluciones militares, en las que estaban mas ejercitados, podrian ser un espectáculo interesante para el emperador de la China, y darle una idea de lo que es el arte de la guerra entre los Europeos. Esta esperanza era tanto mas fundada, cuanto que se sabia que este principe se vanagloriaba de haber conquistado países muy vastos y subyugado muchas naciones tártaras. No obstante, al acordar guardias para el embajador, era indispensable sostener entre ellos una disciplina severa, á fin de prevenir excesos y aun olvidos, que aunque de poca consecuencia entonces, habrian podido parecer escandalosos á los ojos de hombres tan amigos del orden como los Chinos, y borrar las preocupaciones que les habian imbuido ya contra los Ingleses.

Este objeto se llenó dando el mando de la guardia al mayor Benson y á sus oficiales Parisch y Crewe. Se nombró médico de la embajada al doctor Gillan, y por cirujano tuvieron al doctor Scot, tan conocido hacia tanto tiempo por su talento y sus servicios á bordo de los navíos del rey. El doctor Dinwiddie y Mr. Barrow, hábiles astronómicos y mecánicos en todo lo relativo a geometria, fueron agregados á la expedicion, á la cual no podian dejar sin duda de ser muy útiles.

Mr. Acheson Maxwell que ya habia acompañado á la India á Lord Macartney y merecido su confianza, dejó la plaza que desempeñaba en el ministerio, para ocupar la de secretario del embajador, y se le dió como auxiliar al jóven Edward Winder, agregado á la Universidad.

Se escogió un nuevo escritor de la Compañia de Indias, Mr. Henry Bacrig, para acompañar á la embajada á Pekin, á fin de que las relaciones que adquiriese en aquella capital, le sirviesen al mismo tiempo mas eficazmente á la Compañia en Canton.

Se dió tambien al embajador un paje jóven (1), acompañado de su maestro que era un distinguido extranjero por su erudicion. Ni el maestro, ni su discípulo fueron inútiles en la expedicion.

Aun quedaba por proveer el destino mas necesario y mas difícil: este era el de intérprete y traductor de lengua china. En todo el imperio británico no se encontraba un solo hombre con la capacidad necesaria para desempeñar este cargo. Muchos empleados de la Compañia de Indias habian vuelto á Inglaterra despues de haber residido bastantes años en la China; pero ninguno de ellos sabia una palabra de dicha lengua, y no sorprenderá esto, al recordar lo que ya hemos dicho en nuestro primer capitulo. Mr. Flint, que habia sido una escepcion de esta regla, y que despues de una larga estancia en Canton, habia sido preso y desterrado por haber intentado ir á Pekin, habia muerto hacia poco en Inglaterra. Un francés llamado Mr. Galbert, que habiendo residido mucho tiempo en Canton y aprendido el chino, y que se eligió para servir de intérprete á la embajada proyectada antes de la de lord Macartney, acababa igualmente de pagar su tributo á la naturaleza.

Ninguna seguridad se tenia de poder contar con que en Canton se hallarian los intérpretes que fuesen necesarios. Algunos habitantes de esta ciudad sabian bastante bien el inglés ó el portugués para servir de intérprete á los comerciantes europeos, en lo que tenia relacion con sus ventas y compras; pero les hubiese sido imposible sostener la conversacion sobre cualquier otro asunto. Aun habia mas; el chino que ellos hablan comunmente, no se les entiende en Pekin; y la experiencia lo ha hecho muchas veces

(1) Este era hijo de Sir Jorge Staunton

(1) El famoso capitan Cook.

(2) Sir Josef Banks.

(3) Sir Jorge Staunton se equivoca. Las dilaciones de Catalina II para renovar este tratado, no tuvieron mas motivo que el descontento que le habia ocasionado la accesion del rey de Inglaterra á la liga de los electores. (N. del T.)

Conocer, el dudar de su inteligencia no menos que de su fidelidad. Era preciso buscar, pues, en el continente de Europa algunos hombres de confianza, los cuales hubiesen residido bastante tiempo en la China para aprender la lengua de los mandarines, ó bien ensayar si se llegaría á poder encontrar algunos chinos que hubiesen dejado su país y aprendido las lenguas europeas. Se sabía que los misioneros que estaban tolerados en Pekin, bajo la protección inmediata del emperador, muy raras veces obtenían permiso para volver á su patria. Pero algunos otros que habían penetrado allí con este pretexto, escaparon por casualidad de esta ley.

Algunos escritores chinos habían encontrado el medio de llegar á Roma, donde se empleaban en examinar los libros y los manuscritos chinos de la biblioteca del Vaticano; y el celo del cristianismo ha fundado en Nápoles un colegio consagrado á la educación de jóvenes chinos que los misioneros tienen la destreza de hacer salir de su país.

Era, sin duda, muy incierto el que alguno de estos chinos consintiese en formar parte de la comitiva de la embajada inglesa; pero no se veía otro medio de tener un intérprete. El secretario de la embajada partió, pues, para Londres en el mes de enero de 1792, con la intención de buscar el hombre que se deseaba.

Marchó desde luego á París, donde había dos casas fundadas para los misioneros: la de San Lázaro y la de los misioneros extranjeros. En la primera no encontró entonces ninguno que hubiese ido á la China; en la otra existía un sacerdote que había vuelto de allí hacia unos veinte años; pero no recordaba sino algunas palabras del chino, y no quiso bajo ningunas condiciones volver á un país tan lejano.

Era necesario, á pesar de lo riguroso de la estación, atravesar los Alpes é ir á Italia. Los escritores chinos que habían estado en el Vaticano no existían ya; sin embargo, el viaje á Roma no fué inútil á Sir Jorge Staunton. El cardenal Antonelli, prefecto de la congregación establecida para la propagación de la fé católica, le dió cartas de recomendación muy espresivas para los misioneros italianos que se hallaban en la China, y para los curadores del colegio de los chinos en Nápoles. A su llegada á aquella capital, Sir Jorge encontró en el colegio á varios jóvenes chinos, de los cuales, algunos de ellos, se encontraban allí hacia muchos años y hablaban con facilidad el latín y el italiano. Al enseñarles estas lenguas se había cuidado de que no olvidasen la suya, porque todos estaban destinados á la carrera de la iglesia y para enviarlos á su país, y que allí se ocupasen de la salvación de aquellos de sus compatriotas, que fuesen ya cristianos, y se esforzaran en convertir á otros. Los había que tenían sus estudios concluidos, y que habiendo recibido la orden de presbíteros estaban próximos á embarcarse. Pero los curadores del colegio, fieles al espíritu de su institución, y mostrando no menos vigilancia que una madre que teme seduzcan á su hija querida, estaban lejos de querer confiar sus discípulos, sin precaución, temiendo que durante el viaje cualquier fatal circunstancia no los separara de su piadoso destino.

No obstante, gracias á la mediación de Sir William Hamilton, ministro de Inglaterra, el cual había tenido ocasión de prestar algún servicio al colegio; y gracias igualmente á Don Gaetano de Ancora, napolitano respetable y amigo particular de los curadores, se triunfó de los escrúpulos de aquellos buenos sacerdotes. Sir Jorge volvió á Londres por el mes de mayo, con dos jóvenes chinos, llenos de virtud, candor y gracia, y capaces de dar perfectamente las espresiones de su lengua en latín y en italiano, que entendía muy bien el embajador.

Estos intérpretes empezaron muy pronto á ser útiles. Despues indicaron las cosas mas propias, y hasta eligieron las que podían conocer que gustarian en su país; ayudaron, sobre todo, en la elección de los presentes que, conforme á las costumbres del Oriente, era preciso ofrecer al emperador y á los grandes de su corte. Una

parte de estos se componía tambien de lo que se sabía era mas buscado y de mas provecho en Canton. Muchas veces se había allí vendido á precios escesivos, obras de mecánica, ingeniosas y muy complicadas, formadas de un rico metal, adornadas de piedras preciosas, y que por medio de algunas ruedas y de resortes secretos, parecían tener un movimiento espontáneo. Estas cosas, es verdad, no eran de utilidad; pero el espíritu de los mandarines que estaban á la cabeza del gobierno les había chocado de tal manera, que al momento pidieron á los comerciantes del país para que se los proporcionasen á cualesquiera precio que fuese. Era peligroso el sustraerse á estas órdenes; pero despues las obras pedidas no fueron aceptadas sino como regalos, ó bien las personas que las recibieron, queriendo hacer que las pagaban, dieron una cantidad pequeña y poco en proporción á lo que habían costado en Londres. Así fué, que los armadores particulares introducían en China, por mas de un millón de *sterlins*, de estos juguetes brillantes, ó para hablar en el *quirigai corrompido* de Canton, de Sing-songs, de los que la mayor parte se llevaron poco á poco al palacio del emperador y de sus ministros. Los mandarines de Canton empezaron por tener estas cosas, prometiendo á sus inferiores el protegerlos, y en seguida les hicieron pasar á Pekin con la esperanza de obtener ellos mismos la protección de sus superiores.

Como la astronomía es particularmente apreciada en China, y que al mismo tiempo forma allí una parte de los trabajos del gobierno, se juzgó que la corte de Pekin recibiría con alegría los instrumentos astronómicos mas recientemente inventados y mejor trabajados, así como la imitación mas perfecta que entonces se había hecho de los movimientos celestes.

Las mejores obras salidas de las fábricas inglesas, y todo cuanto se hubiese inventado en nuestros dias para servir de distracción en la vida, parecían deber llenar la doble intención de agradar á los que habían destinado, y á ocasionar, por consecuencia, un gran débito en la venta de objetos de la misma especie.

La Compañía de Indias suministró uno de sus buques de los mayores y mas cómodos, para llevar los regalos que se enviaban á la corte de China, así como las personas de la embajada que no pudiesen colocarse agradablemente á bordo del *Lion*. El buque de la Compañía se puso bajo el mando del capitán Mackintosh, marino inteligente y práctico.

Otro buque de menores dimensiones se armó al mismo tiempo para servir de barca.

La noticia de estos preparativos, habiéndose ya escrito muchas veces á la China por conductos extranjeros, no debía dudarse que había de saberse allí antes que la embajada abordase. Era, pues, necesario anunciar espresamente al gobierno chino, á fin de asegurar los efectos de la primera impresión, é impedir que por error ó por alguna mala intención no se tomara aquella misión por una empresa hostil y peligrosa, y no se negara á recibir al embajador. La Compañía había nombrado hacia poco tiempo entre sus empleados, los mas capaces, á tres comisarios para ir á arreglar sus asuntos á Canton. A estos fué á quienes se confió el cuidado de anunciar auténticamente la misión de Lord Macartney.

Sir Francis Baring, presidente de los directores de la Compañía, escribió con este objeto, una carta al virey de Canton, y encargó á los comisarios la entregaran de una manera tan pública, que meros designios que tuviese este empleado, no le fuese permitido ocultarla al emperador.

El rey de Inglaterra decía en su carta al emperador de la China: «La inclinación natural de un príncipe grande y benéfico, tal como vuestra Magestad Imperial, á quien la Providencia ha colocado en el trono para ventaja del género humano, es conservar la paz y la seguridad en el país sometido á su dominio, y el trabajar sin descanso para aumentar la felicidad, las virtudes, y las relaciones de sus vasallos, haciendo cuanto pueda porque las naciones gocen de los mismos beneficios.

»Animado de los mismos sentimientos, desde

los primeros dias de mi reinado, empezado en medio de los horrores de la guerra, su Magestad Británica, despues de haber vencido á sus enemigos en las cuatro partes del globo, les ha dado la paz con las condiciones mas justas. No satisfecho aun despues de haber, por todos los medios posibles, aumentado la prosperidad de sus vasallos á un grado de que los tiempos mas remotos no han dado ejemplo, ha hecho armar muchas veces buques y enviado á los hombres de mas saber y mas inteligentes de su reino, al descubrimiento de regiones desconocidas. Su ánimo no era entonces ni hacer conquistas, ni estender sus dominios; porque los países sometidos á su poder bastan á sus votos. No era solo por adquirir riquezas y favorecer el comercio de sus pueblos, sino por conocer todas las partes habitables de la tierra, y la variedad de sus producciones; de repartir la instrucción, las artes, y los placeres de la vida por los puntos donde hasta ahora se habían ignorado.

»Despues de esto ha enviado otros barcos cargados de animales y vegetales, los mas útiles al hombre, á las islas que les faltaban. Ha sido mas activo aun en conocer las artes y costumbres de los países donde la civilización, despues de una multitud de años, se ha perfeccionado por las sabias leyes y ejemplos virtuosos de sus soberanos. Ella por último ha sentido un vivo deseo de instruirse en las instituciones célebres, establecidas en el vasto y poblado imperio de su Magestad China; instituciones que han elevado ese imperio á un punto de prosperidad que admiran á todas las naciones vecinas.

»Su Magestad Británica, hallándose ahora en paz con todo el mundo, cree no poder elegir un momento mas propicio para estender los lazos de su amistad y de su beneficencia, y proponer á su Magestad Imperial el asegurar las ventajas que deben resultar de las amistosas relaciones entre dos naciones tan poderosas y tan instruidas como la Inglaterra y la China.»

Por último, hallándose todo dispuesto, y los buques en la rada de Portsmouth, el embajador pasó á este puerto en el mes de setiembre de 1792, con las personas que le debían acompañar, y que serían unas ciento, comprendiendo algunos músicos y obreros, aparte de los soldados y criados.

El embajador y todas las demás personas agregadas á la embajada se habían embarcado: los unos á bordo del *Lion*, y los demás en el *Hindoustan*; estos dos buques se dieron á la vela el 26 de setiembre de 1792, acompañados del brik *Jackall* destinado para servir de barca al *Lion*.

En esta estación, donde la posición de la tierra relativamente al sol, hace los dias y las noches iguales en duración, sobre todo en la superficie del globo, y donde el cambio de declinación del sol es muy rápida, el efecto de este cambio se hace ordinariamente sentir en la atmósfera; y las conmociones repentinas y violentas, que se llaman los huracanes del equinoccio, hacen entonces mas peligrosa la navegación que en ninguna otra estación del año. Pero, el grado de perfección á donde el arte náutica había llegado al presente, y la experiencia y valor de nuestros marineros los pusieron en estado de desafiar con éxito feliz á las tempestades que les atacasen lejos de la costa, ó para servirme mejor de la verdadera espresión, en los sitios donde la mar es bastante espaciosa. De esta suerte temieron poco la inclemencia de las estaciones, y el momento de partir les fué favorable.

Para pasar de Portsmouth á la China es necesario desde luego cinglar hácia el Oeste; y se ha observado que el viento de que hay entonces necesidad, sopla pocas veces, y mucho menos tiempo que los otros. Así, desde que este viento se dejó sentir, Sir Erasmo Gower aparejó, y el embajador que quería igualmente aprovechar para salir del canal, resistió al deseo que tenía de abordar á Weymouth, donde el rey, que tenía allí una parte de su familia, le había invitado á detenerse. Sin embargo, el buen tiempo no duró mucho. En la oscuridad de la noche, el brik *Jackall* se separó de los demás buques que fue-

ron forzados á buscar un abrigo en Torbay. Durante los dos días que un viento contrario les detuvo en la bahía, se acabó de dar las disposiciones para el viaje, y todo se arregló con satisfacción general.

Los que calculen los inconvenientes que puede tener el atravesar el Océano en nuestros tiempos modernos, con el ejemplo de lo que algunas personas, no acostumbradas á la mar, sufren en los pequeños paquebotes llenos de gente, yendo de Inglaterra al continente, se engañarían admirablemente si se embarcasen en buques tan grandes y tan cómodos como los que llevaban la embajada. Aunque el *Lion* fué cargado de todo el equipaje de los viajeros, municiones de guerra y de marina, y las provisiones que exigía durante mucho tiempo el alimento de cuatrocientos hombres entre pasajeros y gentes de la tripulación, así como de todos los utensilios necesarios á la preparacion de las cosas que se usan continuamente, habia aun bastante sitio para procurarse las diferentes comodidades de que se puede disfrutar en tierra. Una parte del buque habia sido distribuida en habitaciones regulares, donde los principales pasajeros y oficiales tenían cuartos separados, y podían, á su eleccion, vivir en sociedad, ó particularmente. Sobre el puente, habia una especie de salon abierto y muy espacioso, destinado al placer de tomar el aire y disfrutar del paseo.

El mareo, tan poco peligroso, pero tan cruel, al cual están espuestas las personas que se embarcan por vez primera, se siente mucho menos, y muy raras veces, en los grandes buques que en los pequeños. Desde luego, los hombres que emprenden una larga expedicion, prevenidos para el tiempo que dure el viaje, y sabiendo bien que su barco marcha continuamente, y que permanecerán mucho tiempo embarcados, están dispuestos, no solamente á hacer su estancia tan agradable como les sea posible, sino á acostumbrarse á todo lo que no pueda ser mejor.

A pesar del mal tiempo, no hubo á bordo del *Lion* y del *Hindustan* sino un corto número de pasajeros muy incómodos con el mareo. Se tuvo ocasion entonces de observar cuán poco es necesario fiarse de las apariencias para juzgar del temperamento de algunas personas. Los dos que peores estuvieron eran dos robustos jóvenes, casi siempre buenos, y que no era la vez primera que se embarcaban; mientras que el honrado Monsieur West, que iba en el *Lion* para ir á Madera, porque esperaba que el clima de aquella isla le curaria de una consuncion, de la que despues murió, sostuvo, sin afectarse en lo mas mínimo, los mayores vaivenes del buque. Conforme á los reglamentos, los guardias marinas dormían en hamacas suspendidas por medio de cables sujetos á los entrepuentes, y cerca de esta parte del buque, donde el aire se estanca y donde se exhalan algunas veces olores fétidos y nauseabundos; algunos de ellos, siendo aun muy jóvenes, de una constitucion delicada y navegando por vez primera, de esto, sin embargo, ninguno pareció estar molesto. Es probable que su extraordinaria actividad y el celo con que se entregaban á los cuidados de su nuevo estado, así como el orgullo que sentían al verse libres de las cadenas del colegio, y revestidos de cierta autoridad en el buque, los impidieron estar malos. Ellos eran siempre los primeros á encaramarse á lo alto de los mástiles y á correr por las vergas, á las que se les veía muchas veces colgarse por una simple cuerda, y de una manera, que parecia tan peligrosa, que un jóven espectador, reflexionando en las alarmas que la ternura maternal hubiera experimentado al verlos, exclamó en la lengua que se tenia costumbre de usar con los intérpretes chinos: — *Si matres nunc viderent* (1)!

El 1.º de octubre, volvieron los buques á darse á la vela para salir de la bahía de Torbay, siguiendo la costa montuosa de Devonshire, y alejándose de Inglaterra, bien pronto descubrieron la Bretaña y la isla baja de Ouessant; despues de lo cual estuvieron nueve dias sin ver tierra. Desde el descubrimiento de la brújula, los nave-

gantes están acostumbrados á singlar lejos de las costas y no ver á su alrededor sino cielo y agua; pero este espectáculo es verdaderamente terrible al que se embarca por la primera vez.

No puede impedirse el admirar el genio del hombre que para dirigir su camino á través de la inmensidad del Océano, esté tan felizmente servido de las propiedades de un fósil que mar- que de cierta manera, y artísticamente suspendido, su vuelta siempre hácia el mismo punto del horizonte.

Desde que la tierra se pierde de vista, se experimenta un gran placer en encontrar las embarcaciones. Nosotros descubrimos á muchas que se servían del mismo viento para ir por distintos caminos; pero como no teníamos entonces ningun enemigo que atacar ni que temer, no nos detuvimos por el deseo de alcanzarles ó de evitarles; y Sir Erasme continuó aprovechando el viento que nos favorecia para navegar en una direccion paralela con España, Portugal, el estrecho de Gibraltar y la parte septentrional del Africa. Sin embargo, no descubrimos ninguno de estos países.

Sir Erasme Gower, observó que todos los navios partiendo de Europa para la isla de Madera, encuentran una corriente, que va de la parte occidental del Océano hácia la bahía formada por la isla de Ouessant y el cabo Finisterre, así como hácia el Mediterráneo; y mientras que Sir Erasme lo pudo verificar en cinco viajes que hizo á Madera, se debe apreciar que esta corriente lleva las embarcaciones al Sud-este, cerca de cinco millas por cincuenta leguas.

El *Lion* y el *Hindustan* dirigian su camino, conforme á esta apreciacion, y calculando los grados de longitud que recorrieron, no solamente por sus libros de apuntes, sino tambien despues de muchas señales marinas, y muchas observaciones lunares, se encontraron el 10 de octubre á la vista de las islas de Porto-Santo y de Madera.

Cuando atravesábamos á Porto-Santo, Madera nos pareció asemejarse á una gran montaña, cuyo vértice se ocultaba en las nubes. Bien pronto apercibimos tres pequeñas islas, nombradas los *Desiertos*, de las cuales las dos mas lejanas no son sino rocas puntiagudas y escarpadas. La otra, que se la conoce con el nombre de *Tabla-Desierta*, es elevada, pero llana, y nos pareció un poco cultivada.

Despues de esta isla, se elevaba perpendicularmente del seno del mar una roca de forma muy singular.

Sir Erasme Gower cree que todas las embarcaciones que vienen de las costas de Europa á Madera deben dirigir su camino sobre Porto-Santo y en seguida hácia la cabeza de *Bronce*, ó la punta oriental de los *Funcal*, capital de la Isla, pasando entre esta punta y los *Desiertos*, por fuera de los cuales hay una elevada roca que se toma muchas veces por una embarcacion á la vela.

Este paso no tiene sino cerca de nueve millas de ancho; pero no se encuentra fondo, escepto muy cerca de Madera; aun allí hay mucha agua.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

ANIVERSARIO DE LA TOMA DE GRANADA.

EFEMÉRIDES RELIGIOSA DE LA SEMANA.

En nuestra seccion religiosa no solo nos proponemos hablar á nuestros lectores de las grandes festividades del Cristianismo, sino tambien de los grandes sucesos que han ocurrido y ocurran en el mundo, debidos al espíritu de la fé y del catolicismo. Así en esta seccion recorreremos al par de los sucesos actuales, las efemérides religiosas de la semana, agrupando una porcion de noticias útiles y curiosas para nuestros lectores.

El domingo 2 de enero ha tremolado en la torre del homenaje de la hermosa ciudad de Gra-

nada la bandera española, y desde por la mañana, la campana de la vela anunció á sus habitantes el gran suceso que constantemente, hace doscientos cuarenta y cinco años, viene celebrando la cristiandad entera. El 2 de enero de 1492, fué tomada Granada por Isabel de Castilla y Fernando de Aragon. Entonces quedó borrada la mancha que cayó sobre la monarquía goda en las orillas del Guadalete, y que costó siete siglos de continuas luchas y afanes borrar. Esta gloria la reservó Dios á una mujer, á una gran reina, á Isabel la Católica. Apenas termina la guerra civil que precede á su elevacion al trono y se vió firme en él, resolvió dar á la Europa una insigne muestra del vigor que la monarquía española iba á desplegar en su reinado. El armisticio concluido por los Reyes de Castilla, sus antecesores, con los moros de Granada, no habia sido interrumpido en una larga série de años. Las circunstancias no habian permitido á Juan II y á Enrique IV comenzar el ataque, y los moros mismos destruzados como sus enemigos los cristianos por guerras civiles y por las disensiones de la familia de sus reyes, se contentaban con gozar sin oposicion de la mas hermosa provincia de la Peninsula. A creer á nuestros historiadores, los monarcas de Granada eran en general usurpadores y tiranos; empero no es fácil concebir esa grandeza, esa magnificencia que distinguia á los reinos mahometanos de España, sin atribuir á sus gobiernos algunas medidas sabias y benéficas. Esas hermosas provincias del Mediodia han perdido despues su antiguo esplendor: circunstancia demasiado humillante para el orgullo nacional es el que este país nada ofrezca mas interesante á la admiracion del viajero, que los monumentos que ha dejado en pos de sí una raza extranjera y odiada, una raza de conquistadores. Aunque en todos los años, cristianos y moros corrian alternativamente el país talando los campos, no se reputaba roto el armisticio porque existía un singular tratado. Entendíase duraba la tregua entre cristianos y moros, aun cuando estos se apoderasen de alguna plaza, con tal que hubiese sido ocupada sin desplegar banderas ni tocar trompetas, y en menos de tres dias. Zahara tomada así por los moros, fué el pretexto de la guerra. El rey moro sin asustarse del peligro, contestó á Isabel y Fernando, que le exigian el tributo pactado por sus antecesores: — *Que donde los moros cunaban su moneda forjaban tambien armas*. Esta respuesta y la toma de Zahara, fué una declaracion de guerra. Los Castellanos invadieron el reino de Granada animados por su reina Isabel, única á quien querian obedecer. Viéronse en este ejército los futuros conquistadores de Berbería y Nápoles, Pedro Navarro y Gonzalo de Córdoba el Gran Capitan. En la misma decadencia del poder de los moros, abierta Granada por todos puntos á la invasion; debilitada por facciones intestinas que llevaron á una de las facciones á favorecer al comun enemigo, no pudo este reino ser sometido sino despues de diez años sucesivos de una guerra obstinada y sangrienta. Los cristianos en los diez años se hicieron dueños de Alhama, el baluarte y antemural de Granada: tomaron á Málaga, el depósito del comercio de España con el Africa; ocuparon á Baza, ciudad entonces de cincuenta mil habitantes, y llegaron al fin con ochenta mil hombres á poner sitio á Granada presa de las mas funestas discordias. El hijo se habia armado allí contra el padre, el hermano contra el hermano. Abdalah y su tio se habian dividido los restos de esta soberania agonizante, y el último habia vendido su parte á los Españoles por una rica indemnizacion en dinero. Quedaba Boabdil, que se habia reconocido vasallo de Isabel y de Fernando, y que seguia, mas bien que esciaba, el obstinado furor del pueblo. La reina Isabel, ídolo de los Castellanos, impulsaba con su presencia el sitio, que duró nueve meses. Un moro fanático intentó dar de puñaladas á la reina: un incendio destruyó el campo de los cristianos; empero la reina Isabel, á quien nada desanimaba; que no conocia obstáculos para preservar á sus soldados de los rigores de la estacion, hizo construir sólidamente de piedra, un nuevo campo en ochenta dias, y alzando

(1) ¡Ah! si sus madres los viesan ahora!

á vista de los moros la poblacion de *Santa Fé*, mostró á los musulmanes que el sitio seria eterno y no se levantaria jamás. Granada sufrió todos los horrores del hambre. Amotinado el pueblo contra su rey, abrió sus puertas á Isabel y Fernando, bajo la promesa de que se les dejarían jueces de su nacion y el libre ejercicio de su culto. El 2 de enero de 1492 se rindió Granada, y este triunfo glorioso, no solo para España, sino para toda la cristiandad, pareció, en la lucha política de las dos religiones, contravalancar la pérdida de Constantinopla tomada por los Turcos años antes (en 1453). Isabel y Fernando entraron triunfantes en Granada. La España quedó enteramente libre. El rey moro presentó á Isabel la Católica las llaves del palacio y fortalezas de Granada, y obtuvo el permiso de retirarse á Africa con gran parte de sus riquezas. Al divisar por última vez desde una altura su antigua capital, lloró, y la sultana, su madre, indignada de su debilidad, *llora*, le dijo, *llora como una mujer, la pérdida de un reino por cuya defensa no has sabido morir como un hombre.*

Al entrar Isabel la Católica con su esposo en el palacio de los moros en la Alhambra, en medio de la embriaguez de tan glorioso triunfo, cuando la voz de la lisonja y de la aclamacion resonaba en sus oídos, vió sobre la puerta de la sala de justicia del palacio de la Alhambra esta magnífica inscripcion del Coran: *No hay mas vencedor que Dios.* ¡Cuántas reflexiones haria aquella magnánima y cristiana reina sobre la inestabilidad de las grandezas humanas, al contemplar aquellos preciosos monumentos alzados por los primeros reyes de Granada y en tan poco tiempo arrancados á sus sucesores!!...

En el 2 de enero de 139, murió el papa San Telesforo, el sétimo pastor de la Iglesia católica, despues de los apóstoles. Segun Eusebio y San Ireneo, murió mártir. Muchos escritores de la edad media le atribuyen el himno de *Gloria in excelsis*.

El 4 de enero de 536, dos monjes, procedentes de las Indias, trajeron á Constantinopla la preciosa simiente de los gusanos de seda, y enseñaron á los Griegos á hilarla y á fabricar con ella espléndidas telas.

El 7 de enero de 1715, murió el gran Fenelon, esa lumbrera de la iglesia de Francia.

El día 10 de enero de 1276, murió el papa Gregorio X, que fué elevado á la silla apostólica, despues de un largo interregno de 5 años, nueve meses y dos dias que ocurrió á la muerte de Clemente IV: tanta era la divergencia entre los Cardenales electores. Glorioso fué el pontificado de Gregorio X (1268 á 1276). La Italia vió apaciguadas sus discordias civiles por su espíritu imparcial. El interregno en que se hallaba el imperio de Alemania quedó tambien terminado, eligiéndose un príncipe, Rodolfo de Ausbourg, que brilló en la guerra y en el gobierno, y fué el fundador de una de las mas poderosas dinastías de Europa. La Iglesia griega apareció por un momento reconciliada con la Iglesia latina. Las querellas entre el Oriente y el Occidente, pareció que iban á concluir por un arreglo justo y honroso para ambas partes. Apaciguadas las disidencias de Italia, se celebró un concilio general en Lyon (1274), al que asistieron quinientos Obispos, setenta Abades mitrados y mil Religiosos: cuyo concilio, presidido por el Pontífice en persona, se ocupó de leyes útiles á la cristiandad y dignas de tan augusta Asamblea. Convencido Gregorio de los males que las dilaciones de los Cardenales para elegir Pontífice causaban á la Iglesia, estableció que permaneciesen rigurosamente encerrados é incomunicados durante el cónclave, y así se verifica desde entonces.

El día 10 de enero de 1642, cesó en la ciudad de Sevilla un fuerte aguacero que, durando diez y seis dias continuos, hizo salir el Guadalquivir de madre é inundó la ciudad, causando graves daños y amenazando sumergirla. En este dia, se retiraron las aguas, y desde entonces todos los años se canta en igual dia, en su magnífica Catedral, un solemne *Te-Deum* en accion de gracias, por el peligro de que se vió libre. En este año se ha cumplido igual religioso voto, pocos dias des-

pues de que tambien, saliendo el Guadalquivir de madre por la continuacion de las lluvias del anterior mes de diciembre, vió Sevilla desbordado al Guadalquivir, penetrar por sus principales calles y llegar hasta la plaza del Duque, dando ocasion esta calamidad á que brillase como siempre la acendrada caridad de la escelsa Infanta, hermana de nuestra Reina, que es el encanto y el ídolo de la ciudad del Bétis.

El día 11 de enero del año de 1522, el papa Adriano VI que habia sido elevado al Trono pontificio á la muerte del gran León X, y que era alemán y preceptor de Carlos V, emperador y rey de España, aunque solo ocupó un año el Trono Pontificio, aumentó el poder de los Monarcas españoles, poniendo en sus manos grandes rentas é inmensa autoridad, agregando perpétuamente á la corona de España los maestrazgos de las órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa; dió una bula al venerable Padre fray Juan Hurtado, dominico, para que fundase un convento en la ermita de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, Virgen de quien fué muy especial devoto el emperador Carlos V y toda la dinastia austriaca. Mostráronse émulos de ellos en tan piadoso afecto los Reyes de la casa de Borbon, engrandeciendo su templo y reedificándolo por dos veces que ha sido destruido por un incendio, depositando en su iglesia las nobles banderas que han guiado á nuestros valientes á la victoria en cien batallas; convirtiendo Isabel II á la estincion de las órdenes religiosas aquel convento de su especial devocion y real patronato, en un asilo para los soldados mutilados en el campo de batalla en un cuartel de Inválidos.

El 12 de enero de 1624 se instituyó en Roma la religion militar de la Inmaculada Concepcion de Maria Santisima. Urbano VIII la aprobó y eligió por protector de dicha orden al rey Felipe IV de España que habia colocado los inmensos dominios que en ambos mundos regia su poderoso cetro bajo el patrocinio de Maria. La nacion española ha sido siempre la que mas se ha distinguido en su amor y culto á la Santisima Madre de Cristo!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Exámen de los conocimientos científicos.—Comparacion de las ciencias en otras épocas, con sus manifestaciones actuales.—Popularizacion de las ciencias; ejemplos y opiniones sobre esta evolucion científica.—Elementos que han concurrido á facilitar los estudios científicos.—Descubrimientos é invenciones de Newton, Galileo y Watt.

Es creencia generalmente admitida, que los conocimientos científicos por su indole particular son de suyo mas difíciles de adquirir que los que se refieren á otro orden de ideas, y hasta se ha pretendido, que para cultivar aquellos, es indispensable una organizacion particular, raro y precioso don, que no á todos concede la naturaleza. Estos asertos no deben aceptarse, ni mucho menos, como verdaderos, y es de todo punto indispensable refutarlos y probar con evidentes ratiocinios y con ejemplos tangibles, que es raro el individuo, cualquiera que sea su posicion y su capacidad, que se halle imposibilitado de gustar los muchos y fructuosos resultados que puede proporcionarle el estudio de las ciencias aplicadas, si desee de utilizar el tiempo, de perfeccionar su inteligencia y de mejorar su posicion social, se dedica con orden y método á recorrer los fáciles senderos que pueden conquistarle los benéficos resultados que acabamos de apuntar.

Si las ciencias en nuestra época, no se hubiesen despojadas de las hipótesis, teorías y abstracciones, que vestían en otros tiempos; si reconociesen cual antes por único y esclusivo santuario, el retirado gabinete de los iniciados en su estudio, y si estos, apartados del comercio del mundo, continuasen alejados de las aplicaciones, mediando entre la práctica y la teoría, las falsas y perniciosas preocupaciones que antes existían

entre la cátedra y el taller, entre el laboratorio del sabio y el rutinario albergue del industrial seria admisible el que pudiera manifestarse la posibilidad para la mayoría de las clases sociales de alcanzar los conocimientos científicos llamados á prestarles eficaz concurso en las múltiples y variadas situaciones de la vida; mas en este caso, ni las ciencias cual hoy atraerian á todos á su útil y luminosa esfera, ni fueran tantos, e verdad, los esfuerzos que practicaríamos para que así aconteciese.

Pero cuando nada es cierto en nuestra anterior suposicion; cuando la ciencia actual en todas sus manifestaciones, por elevadas que ellas sean, tiende á popularizarse; cuando ha buscado nuevos horizontes mas dilatados en las aplicaciones industriales; cuando el laboratorio, la cátedra y el taller, en armónico consorcio, tienden á fortificar, extender y facilitar los conocimientos aplicados, que son el germen de los numerosos y admirables adelantamientos que surgen, y de los que presentimos en un próximo porvenir; cuando los esfuerzos de los sabios reconocen por móvil principal poner al alcance de todas las inteligencias la ciencia, que busca enseñanza, datos y fórmulas en los talleres, para expandir su influencia y aumentar de consuno la capacidad de los obreros, consiguiendo que la materia, guiada por la inteligencia de estos, reemplace su fuerza y habilidad, antes elementos esclusivos de su ocupacion; es erróneo de todo punto, y maravilla por ser opuesto á la verdad, que aun pueda estimarse como difícil y apreciarse como estéril, para cualquiera de nuestras clases sociales, el estudio de los conocimientos científicos, destinados cada vez mas, á ser el agente primero, tanto del desarrollo civilizador que presenciámos, como del porvenir de cuantos á él concurren.

Las ciencias, tal cual hoy se profesan, reconocen como base de sus doctrinas, la observacion constante y prolija de los hechos, el estudio de los fenómenos y la comparacion de unos y otros, no sin tomar nota de las circunstancias generales bajo las cuales se presentan los primeros y surgen los segundos; así se obtiene un encadenamiento de principios lógicos, aceptados por la razon y en armonia con las observaciones, que si bien es verdad que en esferas elevadas, usa de signos científicos para formularse, no es menos cierto que puede descender sin menoscabo alguno desde aquella elevada expresion hasta aceptar como manifestacion de sus leyes, aplicaciones y usos, el lenguaje vulgar.—Por ser así, hemos visto á Arago, á ese sabio ilustre, cuyos conocimientos universales y reconocida autoridad eran el justo orgullo de la Francia, profesar en el Observatorio de Paris, con gran contentamiento de los hombres científicos y estrema satisfaccion de los profanos, un curso de astronomía, en el cual precisaba en un lenguaje vulgar, lleno de atractivos, los diversos movimientos de cada esfera celeste, determinando para cada una, el punto de su órbita que debia ocupar en una época dada, en virtud de su velocidad, de su masa, y de las diferentes atracciones que sobre ella actuasen.—Por ser así, eminencias científicas de primer orden, entre las que citaremos á Poncelet y Morin, han profesado el estudio de una ciencia al parecer de suyo tan difícil como la mecánica, en razón á lo vario de sus leyes, emitiendo en un lenguaje vulgar, por ser comprensible para todas las inteligencias, las cuestiones que se refieren á las máquinas que combina y aplica el hombre á todas las industrias, sin que pueda creerse que al efectuar, tanto las ciencias que hemos enumerado, como otras que no mencionamos por no extender este escrito, la evolucion á la cual nos contraemos, hayan perdido su carácter analítico y racional; antes, por el contrario: ella, al propio tiempo que ha popularizado los estudios científicos, ha ensanchado sus conquistas; por haber prestado mayor interés la ciencia á los datos, relaciones y necesidades de la industria, comprueba en el terreno práctico de una manera evidente, tangible y útil, sus luminosos resultados.

Para autorizar nuestras reflexiones, prestémosles el asentimiento terminante de un hombre

científico, con cuya sancion no podrán levantar reparo alguno. Veamos como se espresa *Poinsot*, en una de las notables memorias anejas á la última edicion de su *Estática*; dice así: «Hemos llegado, pues, guiados únicamente por el razonamiento, á adquirir una idea evidente, que los géometras no han podido obtener con sus fórmulas analíticas; es nuevo ejemplo que nos manifiesta las ventajas de ese método simple y natural que considera las cosas en si mismas, no perdiéndolas de vista en el curso del razonamiento, porque si como acontece comunmente, nos contentamos con traducir los problemas en ecuaciones, concretándonos en seguida para evidenciar la solución que nos ocupe, á las trasformaciones del cálculo, dicha solución quedará aun mas oculta en los simbolos analíticos, que lo estaba en la naturaleza misma de la cuestion propuesta. No reside, pues, en el cálculo el arte que nos hace descubrir, y si en el atento examen de las cosas, en el cual procura el espíritu adquirir ante todo una idea, ensayando descomponerla por el analisis propiamente dicho en otras mas simples, á fin de examinarlas, como si las constituyese la reunion de cosas simples, de las cuales se tiene completo y evidente conocimiento.—El cálculo es sin duda un instrumento precioso y necesario, puesto que asegura y facilita nuestro camino; pero que por si mismo no tiene ninguna virtud propia; no dirige absolutamente al espíritu, y este en cambio debe encargarse de su direccion cual sucede con todos los demás instrumentos.»

Suficientes creemos los párrafos anotados y las observaciones que hemos escrito, para probar que los estudios científicos pueden aceptar hoy formas asequibles á todas las inteligencias, y ser por lo mismo manjar adecuado para todos los paladares; pero nuevas consideraciones que vamos á emitir, vendrán á comprobar la exactitud de nuestros razonamientos, y á prestarles el apoyo que para ellos solicitamos.

La verdad solo reconoce por espresion el lenguaje que usa la generalidad, y por consiguiente, debe ser comprendida por todo el mundo: el tiempo, por otra parte, es el instrumento que perfecciona todos los adelantamientos sociales; así, pues, no debe extrañarnos que hoy hayan adquirido las ciencias un perfeccionamiento que no alcanzaron en otros tiempos. Por mucho que sea el orgullo que sintamos por vivir en los años que se suceden, y por mas que nos envejecamos de los progresos científico-industriales que presenciamos, seríamos hijos ingratos de las generaciones que fueron antes de la nuestra, y desconoceríamos una ley universal, la ley del progreso, si no confesáramos que nuestros antepasados han concurrido con sus estudios, con sus ensayos y con sus mismos errores, á los adelantamientos que hoy utilizamos. Si los conocimientos científicos se muestran á nuestra vista tan fáciles de adquirir y tan fructíferos, es ciertamente porque nuestros antepasados prepararon los elementos que han concurrido á este resultado, como contribuímos nosotros con los que nos sean propios, á que obtengan las generaciones futuras los progresos que hoy inútilmente procuraríamos enumerar.

Creemos conveniente por mas de un concepto, y puesto que á ello nos incita la cuestion á que nos hemos contraído en el párrafo anterior, desvanecer un error que vemos admitido en obras de justo aprecio, y que tiende á menoscabar la influencia que los estudios científicos ejercen respecto á los sucesivos progresos de las ciencias. Nos referimos á los asertos que reconocen por objeto probar, que la mayor parte de las invenciones y de los descubrimientos, reconocen como origen la casualidad, ó accidentes de minima importancia. Para probar la verdad de tales afirmaciones se citan y relatan mil anécdotas, que no debe admitir quien no ponga en olvido los altos fines á que solo conduce el estudio, ni aparte de su memoria la verdad incontestable de que los conocimientos humanos siguen en su desarrollo una marcha progresiva, que hoy puede allegar las verdades ó aplicaciones que en otro tiempo se presintieron. Protestan á mas contra los asertos que refutamos, la gloria jamás empañada de los

grandes genios, á los cuales debe la humanidad las luminosas verdades ó sorprendentes descubrimientos que han dado fama universal á sus nombres.—Es casi seguro que la pluma inmortal de Newton jamás hubiera escrito la ley que rige en los espacios celestes, si Keplero no hubiese descubierto antes las tres leyes fundamentales del movimiento planetario.—Watt, sin los descubrimientos del doctor Black, respecto al calórico, es mas que probable que no hubiera llevado á cabo los perfeccionamientos que introdujo en la máquina de vapor, agente civilizador de nuestro siglo; y si profundizásemos el estado de las ciencias, cuando Galileo descubrió las leyes del péndulo, veríamos que ni las oscilaciones de las lámparas de la catedral de Florencia, ni la caída de una manzana, ni la fortuita introduccion del agua en el cilindro de la máquina de vapor, fueron los hechos casuales, á los que deben Galileo, Newton y Watt, su alta y merecida gloria.

El estudio, las observaciones metódicas y razonadas, las aplicaciones que solicitan las necesidades sociales, la enseñanza del profesor, la imprenta con sus libros y periódicos, á mas del progreso sucesivo que adquiere el presente por los esfuerzos pasados, han sido y continuarán siendo los elementos que crean los adelantamientos; ellos, los medios á los cuales debe recurrir quien desee conocerlos, y estos medios, hoy asequibles á todas las inteligencias, son los que nos proponemos atender y popularizar en estas lecturas, intento superior á nuestra fuerza, aunque no á nuestra voluntad, y en el que deseáramos encontrar el concurso de reconocidos talentos, como esperamos merecer la benevolencia de nuestros lectores, en cambio del noble intento que á escribir nos mueve.

J. CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Vamos á reseñar con la mayor brevedad posible, los acontecimientos mas notables que nos comunican los últimos despachos telegráficos y los periódicos estranjeros. No son otros que la agitacion que conmueve al reino Lombardo-Veneto, y los cambios políticos de que la Servia ha sido teatro.

Aquella ha llegado, en efecto, á un estado en que parece ya inevitable un levantamiento. *Il San Giorgio*, periódico que se publica en Génova, dice que de los rumores de guerra que corren cada dia, no se sabe actualmente qué pensar. Se habla de nuevas divisiones de Estados italianos, de intervencion francesa, de intervencion rusa, de generales encargados de formar legiones y banderas. Los periódicos de Milan aseguran haber ocurrido un choque entre los soldados y la gente del pueblo, y los de Pavia dejan conocer el descontento que reina entre la poblacion de todas clases. *El Independiente* nos dice, que las provincias de Lodi y de Cremona estaban muy agitadas, notándose viva fermentacion en Brescia y Bergamo. El extrañamiento de uno de los nobles italianos, por haberse olvidado saludar al archiduque cuando SS. AA. pasaban en carruaje, ha disgustado mucho á las familias principales. Sin embargo, se asegura que el malestar y las demostraciones populares no son ocasionadas por otro motivo que por el despecho que causa en los pueblos el comportamiento de los generales austriacos.

En cuanto á los sucesos de la Servia, hé aqui un resumen de lo que ha ocurrido. El príncipe reinante, Alejandro Karageorgewich, se veia obligado á luchar al propio tiempo contra los diferentes partidos coligados contra él. Terminadas las elecciones, la Asamblea nacional, llamada Skuptchina, tomó la gravísima resolución de pedir formalmente la abdicacion del príncipe, y este, que habia prometido contestar en seguida, creyó mas prudente refugiarse en la fortaleza de Belgrado, colocándose bajo la proteccion de la guarnicion turca. La Asamblea nacional le declaró en seguida caído de su autoridad, y esco-

gió por jefe del estado al príncipe Milosch Obrenovitch, destronado en 1839. Este príncipe es ya de avanzada edad, y es hijo de un simple aldeano de la Donibria. Las potencias europeas han quedado suspensas al saber tan importante acontecimiento, y se preparan á enterarse de la marcha que puedan seguir en Servia los acontecimientos políticos, lo cual no podrá menos de ofrecer comunicaciones diplomáticas, pues no todos los gobiernos podrán ver con indiferencia el destronamiento del príncipe Alejandro.

L'Époque Nouvelle, periódico de Corfú, declara en uno de sus últimos números, que las poblaciones de las islas Jónicas aspiran á salir, de una vez para siempre, del protectorado de la Inglaterra. Sus deseos son reunirse á la nacion helénica; pero la Gran Bretaña que en materia de sus intereses no se duerme jamás, envía desde Malta una division naval para que pueda reprimir en las islas toda clase de disturbios.

JANER.

REVISTA DE TEATROS.

Estamos en un notable atraso con nuestros lectores, respecto á las obras dramáticas últimamente puestas en escena en los teatros de la corte, y vamos á procurar ponerlos al corriente no sin protestar antes de semejante falta, en la que no tenemos parte alguna, y la cual solo es debida á la anticipacion con que ha tenido que hacerse la considerable tirada de los primeros números de LA LECTURA PARA TODOS. Echarémos, pues, una mirada retrospectiva al drama del Sr. Fernandez y Gonzalez, titulado *El Cid*, y á la última obra del Sr. Escriche *El Cura de aldea*, diciendo además de paso dos palabras de las funciones de Noche-Buena, que eso y no otra cosa merecen las producciones estrenadas en dicho dia.

El Sr. Fernandez y Gonzalez, novelista tan popular como fecundo, ha intentado en su drama titulado *El Cid*, retratarnos una gran figura, y solo ha conseguido hacer un bosquejo imperfecto: verdad es que no ha sido suya toda la culpa, y si de la magnitud del asunto; ya antes que él lo intentaron plumas tan eminentes como el gran Corneille, en Francia, y Guillen de Castro y otros en nuestra España; y ninguno, fuerza es confesarlo, ha hecho otra cosa mas que reducir á exiguas proporciones la colosal figura del Cid. Esto consiste, á nuestro parecer, en que el reducido círculo de la escena es demasiado estrecho para poder presentar en él al héroe del Romanesco, digno solo de la epopeya. Por lo demás, el Sr. Fernandez ha hecho gala en el citado drama de una versificación admirable, llena de fuerza y de colorido.—La ejecucion no ha pasado de mediana por parte de todos los actores, excepto el Sr. Delgado, y la Señora Rodríguez, que ha desempeñado perfectamente el papel de Jimena. *La mise en scène*, admirable, y los trajes de los comparsas, en época y de buen gusto.

En el teatro del Principe han continuado las representaciones de *El Cura de aldea*, drama eminentemente religioso y en alto grado católico, como lo prueba el haberle valido á su autor los elogios de toda la prensa neo-católica; verdad es que hemos oido decir al Sr. Escriche, que su drama era socialista, y cuando él lo dice, no seremos nosotros quienes se lo disputemos. Empero, socialista ó humanitario, el pensamiento del drama es sumamente moral y está desarrollado con bastante talento. ¡Lástima que la versificación no corresponda á tan elevado asunto!—En su desempeño se ha distinguido el Sr. Valero, caracterizando admirablemente el tipo del sacerdote. Tambien los Sres. Pizarroso, Ossorio y Mario han ejecutado muy bien sus papeles respectivos. No así la Sra. Moscoso, cuya especialidad no sabemos aun en qué pueda consistir, puesto que los papeles que hasta ahora ha tenido á su cargo, los ha desempeñado *especialisimamente* mal.—La direccion de escena de esta obra ha sido inmejorable.



CHINA. — Arqueros Tártaros.

En el coliseo del Circo se han estrenado dos traducciones el día de Navidad: por la tarde una con el extravagante título de 33.333 reales 33 céntimos, y por la noche *Por ser ella sin ser ella*. Resumiendo: muchas entradas y salidas, mujeres muy traviesas, demasiado traviesas; hombres que se disfrazan de mujer, un gobernador tonto, un amante nada discreto, y otras muchas cosas mas que los espectadores dejaron pasar porque eran Pascuas, y porque no tenían otro objeto que el de hacer reír.

En el teatro de Novedades se estrenó también la tarde de Navidad el juguete cómico en dos actos *Desdichas de Timoteo*, que no lo fueron para su traductor, gracias á la esmerada ejecución por parte del primer actor cómico Sr. Albalat, y al buen humor de los espectadores. Lo mismo sucedió con la pieza nueva titulada *Chist chist* cuyo argumento estamos todavía esperando.

El teatro Francés ha estado también muy animado: su inteligente director Mr. Couturier ha obsequiado estas Pascuas á sus constantes habitués con la comedia del género *epatante* (frase de moda), titulada *Les Folies dramatiques*. En efecto, si alguno de nuestros lectores padece de spleen, acuda al lindo teatro de la calle de la Magdalena el día que vea anunciada dicha función, y desde ahora le aseguramos que saldrá curado de semejante enfermedad: de nosotros sabemos decir que pasamos un rato delicioso, y que vimos á mas de un estirado inglés soltar el trapo á la risa, deponiendo por aquella noche esa diplomática reserva en que se envuelven como en una coraza, todos los hijos de la nebulosa Albion.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

La Mujer, por D. Severo CATALINA.

Un nuevo Legouvé, pero español, nuestro joven orientalista D. Severo Catalina, ha publicado una obra consagrada á la mujer, con el objeto de definir la significación moral, social, doméstica, intelectual y religiosa de la mas encantadora esencia que saliera de las manos del Creador.

Desde luego nos parece muy digno el asunto de este trabajo, á que se han consagrado ya con ardiente anhelo en otros países los Toussenel, los Guepin, etc., tanto mas plausible, cuanto que inaugura entre nosotros la consagración de una parte del espíritu literario á la valoración del carácter funcional, altamente trascendental, de una mitad de la especie humana.

El Sr. Catalina se estrena en esta producción, redactada con lenguaje fácil y correcto, dejándose inspirar por modelos dignos de imitación, y no desdeñando, como suele ser desgraciado entre propio de otros jóvenes, los consejos de la experiencia ajena, como sea probada y sensata; y cierto que el carácter que imprime á todo el trabajo es filosófico, crítico y tan erudito como didáctico. Si, con todo, pudiera una opinión personal menos evidenciada que la del autor de *La Mujer* objetivarse ante la conciencia pública, para criticar un trabajo de suyo tan crítico; diríamos que nos dolía el notar una mezcla, mas violenta que natural, de un tono chistoso y satírico con el grave y reflexivo, que á nuestro juicio estaba unicamente llamado á sazonar un escrito, que se dirige á inaugurar (presentimos y presentirá cualquiera sin esfuerzo) en nuestra literatura un nuevo género de interesantísimo, no menos que brillante contenido. Verdad es, que, dada la disposición moral y social de la mujer en nuestro país, situación que tan perfectamente demuestra haber comprendido el Sr. Catalina; tanto mas natural parece que el libro, que principalmente invoca á la mujer y á ella se dirige, ofrezca un grado de amenidad, capaz de interesar á las lectoras españolas, medio el mas á propósito para que el libro pueda ofrecer resultados útiles y positivos, que es la mas verdadera garantía del acierto de un autor; pero sobre todo opinamos, que es intransigible el método doctrinario con la veleidosa libertad de un contenido poético y jovial. Esta especie de licencia, sin embargo, no puede estorbarse á la libertad y bajo la conciencia del escritor.

Lo cierto es que la mujer, en lo general de la obra, se halla estudiada muy prolija y atentamente bajo todos aquellos puntos de vista de su desarrollo moral, de su educación é instrucción, de las fatales consecuencias, que ocasiona su modo de ver, obrar y sentir, si á *nativitate* puros, apacibles y benéficos hasta la idealidad; extra-

viados, corruptos hoy y viciados, sacados de su mas derecho camino á favor de una dirección errónea, fatal y desacorde, en lucha con los principios constitutivos del orden social, y que á su vez contribuye á falsearlos mas cada vez.

En suma, la obra del Sr. Catalina, tiene un gran objeto social, y en consecuencia, para nuestra bibliografía, literario. Vosotras, volubles espectadoras de lo que solo es agradable, delicioso ó fantástico, no cerreis el libro que habeis, en parte, inspirado, cuando, pasadas sus primeras páginas, empecéis á miraros en el espejo de vuestros propios defectos; porque el autor os quiere bien al reпреnderos. Vosotras, por otra parte, vi tuosas y loables representantes del sexo; vosotras reflexivas, estudiosas, modestas y prudentes, dignas escepciones de una sociedad frívola y caprichosa, no abandonéis la lectura de *La Mujer*, cuando leáis á su frente una humorística introducción y algunas páginas chistosas, que parecerían anunciaros una obra estéril y poco profunda, si no tuviérais ya antecedentes favorables de su autor; porque muy luego encontraréis otras páginas llenas de razonado discurso, cuanto podáis apeteecer, más acaso de lo que podáis enteramente traslucir á una primera lectura.

Mucho mas diríamos y dirémos con gusto algún día, pero la limitación presente nos reduce al silencio.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Rapport à l'Empereur sur la question Malgache et la colonisation de Madagascar, par Mr. BONNAVY DE PREMOT.

Esta memoria tiene por objeto llamar nuevamente la atención del gobierno acerca de los recursos de colonización, que ofrece Madagascar, y del interés político, que aconseja á la Francia haga valer sus derechos sobre dicha isla. Puede consultarse útilmente este trabajo en un momento en que mas parece llamar la atención la política colonial. Hallase, al fin del trabajo de Mr. Bonnavy de Premot, un índice de todas las obras francesas ó extranjeras, publicadas con aplicación á Madagascar.

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 34.—*Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 37.—*La Luz del Cementerio*, por Federico Utrera, pág. 39.—*Viaje á China*, por Lord Macartney, pág. 41.—*Aniversario de la toma de Granada*, pág. 43.—*Lecturas científico-industriales*, pág. 46.—*Crónica extranjera*, pág. 47.—*Revista teatral*, pág. 47.—*Bibliografía española*, pág. 48.—*Bibliografía extranjera*, pág. 48.